



Universidad Nacional de Cuyo



Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

PROCESOS SOCIALES CONTEMPORANEOS

DOCUMENTO DE CATEDRA

(Texto N° 10 de la selección bibliográfica)

Autor: Carmelo Cortese

Introducción y Selección de textos

LA FORMACIÓN Y ORGANIZACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN EL SIGLO XIX

Ubicación en el Programa

Unidad III:

**REVOLUCIONES BURGUESAS Y GUERRAS DE INDEPENDENCIA
EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX**

Punto 4:

Organización y rebeliones de una nueva clase social: el proletariado. Ludismo, Sindicalismo, movimiento Cartista, Anarquismo y Socialismo. La Asociación Internacional de los Trabajadores. Primeros intentos para disputar el poder y derrota del proletariado: la Comuna de París (1871).

Mendoza

1ª versión: abril de 2008

Última revisión: marzo de 2011

En la Unidad II hemos estudiado la Revolución Industrial en el siglo XVIII en Inglaterra. Las lecturas de ese punto reflejaron las condiciones de trabajo y de la vida cotidiana de la nueva clase social proletaria. El texto de Engels señala que las condiciones de la clase trabajadora son el terreno y el punto de partida de todos los movimientos sociales contemporáneos. Deja en claro que:

El conocimiento de las condiciones del proletariado es, por tanto, una necesidad indispensable, para dar a las teorías socialistas, por una parte, y a los juicios sobre su legitimidad, por otra, una base estable, y para poner fin a todos los sueños y fantasías *pro et contra* (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1ª edición 1845, pág. 23).

En esa dirección el estudio ofrece una detallada descripción de las viviendas, vestimentas, alimentación, esfuerzos, dolores y alegrías, de los obreros (*working-men*, trabajadores, proletarios) apiñados en las nuevas ciudades.

Solo mencionaremos, pero vamos a prescindir de su análisis, que las primitivas formas de resistencia al nuevo modo de producción se asociaron al delito (vagabundos, mendigos, asaltantes, etc.).

Uno de los textos de Marx apunta las primeras formas de lucha obrera contra la maquinaria, es decir contra los nuevos fenómenos y no sobre las causas. Dice textualmente:

Se requirió tiempo y experiencia antes que el obrero distinguiera entre la *maquinaria* y su *empleo capitalista*, aprendiendo así a transferir sus ataques, antes dirigidos contra el *mismo medio material de producción*, a la *forma social de explotación* de dicho medio" (*El Capital*, Tomo I, pág. 523).

Ese "tiempo y experiencia" implica un proceso de más de medio siglo de crecimiento de la clase obrera y de maduración de la conciencia de sí misma; donde se invierte lentamente la relación entre reacción espontánea y organización conciente; y en el cual se suceden y conviven diferentes corrientes del movimiento obrero, con distintos diagnósticos sobre las causas de la "condición obrera" y diferentes propuestas para su mejoramiento o emancipación.

Por eso, el *Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels, aparecido en 1848 no puede ser considerado simplemente como un genialidad surgida de esos autores, sino como una elaboración producto de la maduración de la clase obrera, desde las primitivas concepciones de los *Cavadores* de Winstanley (ver Documento de Cátedra sobre Revolución Inglesa) y los *Conspiradores Igualitarios* de Babeuf en Francia, pasando por las elaboraciones de los *socialistas utópicos*, y la práctica *tradeunionista* de los obreros ingleses.

Antes de pasar revista a las principales corrientes y referentes del Movimiento obrero, volveremos a insistir sobre la descripción de las nuevas condiciones materiales de los obreros de fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX, con fragmentos seleccionados de una obra del historiador inglés Eric Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas* (capítulo XI: "El trabajador pobre", páginas 357/386, negritas y subtítulos míos, CC).

EL TRABAJADOR POBRE

Tres posibilidades se abrían al pobre que se encontraba al margen de la sociedad burguesa y sin protección efectiva en las regiones todavía inaccesibles de la sociedad tradicional. Podía esforzarse en **hacerse burgués**, podía **desmoralizarse** o podía **rebelarse**.

Lo primero, como hemos visto, no sólo era técnicamente difícil para quienes carecían de un mínimo de bienes o de instrucción, sino también profundamente desagradable. La introducción de un sistema individualista puramente utilitario de conducta social, la anarquía selvática de la sociedad burguesa, teóricamente justificada con su divisa "cada hombre para sí y que al último se lo lleve el diablo", parecía a los hombres criados en las sociedades tradicionales poco mejor que la maldad desenfrenada. (...)

De aquí su resistencia incluso a las más racionales proposiciones de la sociedad burguesa, siempre unidas a la inhumanidad. (...) Claro está que había trabajadores

que hacían lo posible por unirse a la clase media o al menos por seguir los preceptos de austeridad, de ayudarse y mejorarse a sí mismos. La literatura moral y didáctica de la clase media radical, los movimientos de moderación y los esfuerzos de los protestantes están llenos de esa clase de hombres...

La desmoralización

Claro que, por otra parte, había muchos más que, enfrentados con una **catástrofe social** que no entendían, empobrecidos, explotados, hacinados en suburbios en donde se mezclaban el frío y la inmundicia, o en los extensos complejos de los pueblos industriales en pequeña escala, se hundían en la desmoralización. privados de las tradicionales instituciones y guías de conducta, muchos caían en el abismo de los procedimientos de la mano a la boca. Las familias empeñaban las mantas cada semana hasta el día de paga. El alcohol era "la salida más rápida de Manchester". El **alcoholismo en masa** –compañero casi invariable de una industrialización y urbanización bruscas e incontroladas– expandía "una pestilencia de fuertes licores" por toda Europa.

(...)

La consecuencia más patente de este abandono urbano fue la **reaparición de grandes epidemias de enfermedades contagiosas** (motivadas por el agua), cómo el cólera, que reconquistó a Europa desde 1831... [tres grandes epidemias: tífus, cólera y paludismo]. El desarrollo urbano en nuestro período fue un gigantesco proceso de segregación de clases, que empujaba los nuevos trabajadores pobres a grandes concentraciones de miseria alejadas de los centros del gobierno y los negocios, y de las nuevas zonas residenciales burguesas. (...) Sólo a partir de 1848, cuando las nuevas epidemias desbordando los suburbios empezaban a matar también a los ricos, y las desesperadas masas que vivían en ellos asustaron a los poderosos, se emprendió una sistemática reconstrucción y mejora urbana.

La bebida no era la única muestra de desmoralización. El infanticidio, la prostitución, el suicidio y el desequilibrio mental han sido relacionados con aquel cataclismo económico y social, gracias sobre todo a los trabajos de algunos médicos contemporáneos a los que hoy podemos llamar precursores de la medicina social.

La rebelión

La alternativa de la evasión o la derrota era la rebelión. La situación de los trabajadores pobres y especialmente del proletariado industrial que formaba su núcleo, era tal que **la rebelión no sólo fue posible, sino casi obligada**. Nada más inevitable en la primera mitad del siglo XIX que la aparición de los movimientos laboral y socialista, así como el desasosiego revolucionario de las masas. La revolución de 1848 sería su consecuencia directa.

(...)

El movimiento obrero proporcionó una respuesta al grito del hombre pobre. ...Lo verdaderamente nuevo en el movimiento laborista de principios del siglo XIX era la **conciencia de clase** y la ambición de clase. No era el "pobre" el que se enfrentaba al "rico". Una *clase* específica, la clase trabajadora, **obreros o proletarios**, se enfrentaba a otra, **patronos o capitalistas**. La Revolución francesa dio confianza a esta nueva clase; la revolución industrial imprimió en ella la necesidad de una movilización permanente. ...La novedad y rapidez del cambio social que los absorbía, incitó a los trabajadores a pensar en los términos de una **sociedad completamente distinta**, basada en sus experiencias e ideas opuestas a las de sus opresores. Sería **cooperativa** y no competidora, **colectivista** y no individualista. Sería "**socialista**". Y representaría no el eterno sueño de la sociedad libre,... sino una alternativa permanente y practicable al presente sistema.

En ese sentido, la conciencia de la clase trabajadora no existía en 1789, ni siquiera durante la Revolución francesa. Fuera de Inglaterra y Francia tampoco existía apenas en 1848. Pero en los dos países que incorporaron la doble revolución existía desde luego entre 1815 y 1848, y de manera especial hacia 1830. (...) En resumen, en los primeros años de la década 1830-1840 ya existían la conciencia de clase proletaria y las aspiraciones sociales. Casi seguramente era más débil y menos efectiva que la

conciencia de la clase media que los patronos adquirieron y pusieron de manifiesto por aquellos años. Pero hacía acto de presencia en el mundo.

Conciencia y organización

Las **conciencias proletaria y jacobina** se completaban. La experiencia de la clase trabajadora daba al trabajador pobre las mayores instituciones para su defensa de cada día: la "unión general" y la sociedad de ayuda mutua, y las mejores armas para la lucha colectiva: la solidaridad y la huelga (que a su vez implicaba organización y disciplina). Sin embargo, incluso en donde no eran tan débiles, inestables y localizadas como solían serlo en el continente, su alcance era bastante limitado. (...)

Por el contrario, los **métodos de agitación política** propios del jacobinismo y del radicalismo en general, pero no específicamente de la clase trabajadora, mostraban su flexibilidad y su eficacia: campañas políticas por medio de periódicos y folletos, mitines y manifestaciones, motines e insurrecciones si eran necesarios. (...) Así, una vez y otra encontramos a una clase trabajadora de organización débil que compensaba esa debilidad con los métodos de agitación del radicalismo político.

A su vez, la tradición jacobina sacó fuerzas y una continuidad y solidez sin precedentes de la cohesiva solidaridad y lealtad características del nuevo proletariado. Los proletarios no se mantenían unidos por el mero hecho de ser pobres en el mismo lugar, sino por el hecho de que trabajar juntos en gran número, colaborar en la tarea y apoyarse los unos a los otros era toda su vida. La **solidaridad inquebrantable** era su única arma, pues solo con ella podían demostrar su modesto, pero decisivo haber colectivo.

Bajo la clase trabajadora y la tradición jacobina yace el sustrato de una **tradición más antigua** que refuerza a una y otra: la del motín o propuesta pública ocasional de gente desesperada. La **acción directa** de los amotinados –la destrucción de las máquinas, las tiendas o las casas de los ricos– tenía una larga historia.

El movimiento

Por todo ello, el movimiento laborista de aquel período no fue ni por su composición ni por su ideología y su programa un movimiento estrictamente "proletario", es decir de trabajadores industriales o jornaleros. Fue más bien, un **frente común** de todas las fuerzas y tendencias que representaban a los trabajadores pobres, principalmente, a los urbanos.

(...)

El movimiento laboral era una **organización de autodefensa, de protesta, de revolución**. Pero, para el trabajador pobre era más que un instrumento de combate: era también una **norma de vida**. La burguesía liberal no le ofrecía nada; la historia le había sacado de la vida tradicional que los conservadores prometían inútilmente mantener o restaurar. Nada tenían que esperar del género de vida al que se veían arrastrados. Pero el movimiento les exigía una forma de vivir diferente, colectiva, comunal, combativa, idealista y aislada, ya que, esencialmente, era lucha. En cambio, les proporcionaba coherencia y objetivos.

(...)

Y, sin embargo, cuando volvemos la vista sobre aquel período, advertimos una gran y evidente discrepancia entre la fuerza del trabajador pobre temido por los ricos –el "espectro del comunismo" que les obsesionaba– y su real fuerza organizada, por no hablar de la del nuevo proletariado industrial. La expresión pública de su protesta era, en sentido literal, más bien un "movimiento" que una organización.

(...)

Lo que mantenía firme el movimiento eran el hambre, la desgracia, el odio y la esperanza. Y lo que lo derrotó, tanto en la Inglaterra cartista como en el continente revolucionario de 1848, fue que los pobres –lo bastante numerosos, hambrientos y desesperados para sublevarse– carecían de la organización y la madurez capaz de hacer de su rebelión algo más que un momentáneo peligro para el orden social. En 1848 el movimiento del trabajador pobre tenía todavía que desarrollar su equivalente al jacobinismo de la clase media revolucionaria de 1789-1794.

Veamos ahora un detalle de las diferentes corrientes y momentos históricos

1. El Movimiento Ludista

Según C. Marx, bajo ese nombre se conoció la destrucción masiva de máquinas en los distritos manufactureros ingleses durante los primeros 15 años del siglo XIX, fundamentalmente a causa del uso del telar de vapor.

En el siguiente texto extraído de la página de Internet "A las barricadas" (www.alasbarricadas.org/ateneo) encontrarás una sintética semblanza del mismo.

Los ludditas

Las primeras reacciones de los obreros en contra de la explotación fueron movimientos espontáneos que consistían, principalmente, en la rebelión de los obreros en el interior de las fábricas, en el abandono de las mismas, es decir, del trabajo, sin coordinación unos con otros y, sobre todo, la reacción de los obreros en contra de las máquinas. Lo primero que los obreros vieron de la máquina era que los desplazaba del trabajo: ahí donde, por ejemplo, se empleaban 500 o mil obreros porque los pequeños telares necesitaban mucha mano de obra, al entrar un telar de vapor obviamente que sobraba la inmensa mayoría de los trabajadores. Ya una máquina más perfeccionada sólo necesitaba 10 obreros para que la atendieran y los 490 restantes se iban a la calle sin ninguna consideración. O sea que, sobre la explotación que ya venía viviendo, de pronto cayó encima de los obreros una nueva peste: la máquina moderna que los desplazaba de la fábrica y generaba el desempleo en gran escala.

De momento los obreros no se dan cuenta, porque estamos apenas en los albores de la lucha, de que el culpable del desempleo no es la máquina sino el patrón, es decir, que la verdadera causa del desempleo es el uso que el patrón le da a la máquina y, por lo mismo, ellos no reaccionan en contra del patrón sino en contra de las máquinas.

Así que los primeros movimientos obreros, que eran verdaderos motines, verdaderas rebeliones espontáneas de los trabajadores, estaban dirigidas no contra los patrones, no contra sus explotadores, sino contra las máquinas. Las consignas de aquella lucha eran: "abajo las máquinas", "alto al maquinismo", "hay que terminar con la competencia de las máquinas". Es decir, que era una lucha hasta cierto punto equivocada porque trataba de frenar al progreso, trataba de impedir que las industrias se modernizaran y que se multiplicara la producción. Los obreros de entonces no comprendían que las máquinas tienen la gran ventaja de que producen más aprisa que el hombre con sus puras manos.

Al no conseguir su objetivo, los obreros pasan de la simple protesta al uso de la violencia directa. Se lanzan en contra de las máquinas, las desarman, las despedazan e, incluso, llegan al incendio mismo de las fábricas. Estas son las características del movimiento obrero en sus orígenes.

A esta fase espontánea del movimiento obrero, en la cual el trabajador se lanza contra las máquinas, se le conoce como "luddismo". Hay varias explicaciones de este nombre, pero la más aceptada es que se le llamó así en honor de un obrero tejedor llamado Nedd Ludd que fue el primero que, en un acceso de noble rabia, destruyó un telar de calcetero. A partir de entonces cada motín que se efectuaba para destruir máquinas se hacía en nombre del "general Ludd" y los participantes se hacían llamar con gusto "ludditas".

Estas primeras manifestaciones ocurren en Inglaterra y, precisamente a finales del siglo XVIII, es decir, 1770, 1780, 1790. Se sabe, por ejemplo, que la primera ley promulgada en contra de la destrucción de máquinas y el incendio de fábricas se dictó en Inglaterra en el año de 1769.

Represión y aniquilamiento del luddismo

Naturalmente que estos motines obreros reciben como respuesta, en primer lugar, la represión policíaca. El estado se lanza a defender las fábricas, a golpear, a asesinar, a

encarcelar a los obreros y a promulgar leyes que prohíben la organización legal de los mismos. Es en Inglaterra también donde se dictan las primeras leyes que prohíben terminantemente la organización de los obreros, en la forma que sea, para protestar contra la injusticia de los patrones. Se sabe, por ejemplo, que en 1799, el gobierno inglés dictó una ley prohibiendo las huelgas y las coaliciones y sancionando a los infractores incluso con la pena de muerte.

A pesar de las prohibiciones legales y la represión policiaca, el movimiento luddita se extendió por toda Inglaterra al grado de que, alrededor de 1811, llegó a ser considerado como una seria amenaza por el gobierno inglés. La respuesta del poder fue la promulgación de la ley de 1812 que instauraba la pena de muerte contra los ludditas.

La sangrienta represión contra el luddismo aunada a la prohibición de las organizaciones, huelgas y coaliciones, obligó a los obreros a buscar nuevas formas de acción. De esa manera surgieron las primeras sociedades mutualistas, las hermandades y los clubes obreros secretos.

2. El Movimiento Sindicalista

Luego de la experiencia ludista, los trabajadores comenzaron a organizarse en torno a dos ejes claros que reflejaban objetivamente su condición de asalariados explotados: **la duración de la jornada de trabajo y el pago recibido por esa jornada**. Podría decirse que hasta hoy, siglo XXI, siguen siendo los dos aspectos reivindicativos centrales del movimiento obrero. Aunado con los mismos, aparece la lucha por **la libertad de organización sindical** y por **el derecho de huelga**.

Como veremos más adelante el Movimiento obrero pronto encontró los límites de la acción económica-reivindicativa y elevó su lucha al plano político cuestionando el propio sistema de producción capitalista como la causa de sus males, con relativa independencia de cuán largas fueran las jornadas de trabajo o qué bajos fueran los salarios.

Es importante destacar que la burguesía en su lucha contra el feudalismo en todos los planos (político, económico, social e ideológico) trató de aliar a los sectores “bajos” ó “pueblo llano” (artesanos, trabajadores, *sansculottes*, campesinos, etc.) para vencer la resistencia de la monarquía y la nobleza. Pero desde el inicio tuvo claros los límites que imponía al proletariado naciente. Soboul señala acertadamente que la libertad es lo que más le importa a la burguesía, en primer lugar la libertad económica. El fundamento de las nuevas instituciones fue el “laissez faire, laissez passer”. En Inglaterra, donde la revolución burguesa precedió en casi 150 años a la francesa, la libertad de asociación gremial recién llegó en 1825.

Por último, la libertad de trabajo, indisolublemente ligada a la libertad de empresa: la ley Le Chapelier del 14 de junio de 1791 prohibió, contrariamente al derecho de asociación y de reunión, la coalición y la huelga. El individuo libre lo es también para crear y producir, para buscar el beneficio y para emplearlo como quiera. En realidad, el liberalismo basado en la abstracción de un individualismo social igualitario, beneficiaba a los más fuertes: la ley Le Chapelier constituyó, hasta 1864 para el derecho de huelga y hasta 1884 para el derecho sindical, una de las piezas maestras del capitalismo de libre competencia (Soboul, *La Revolución Francesa*, pág. 61).

A continuación transcribimos algunas definiciones sobre los sindicatos, las mutuales y las cooperativas, formas tomadas por el movimiento asociativo, extraídas del libro *Historia. Europa Moderna y América Colonial* (de Alonso, Elisalde y Vázquez):

Los sindicatos

En la primera mitad del siglo XIX los sindicatos eran organizaciones obreras que nucleaban solamente a los trabajadores más calificados. Solo pertenecían al sindicato aquellos obreros que podían pagar las cuotas mensuales, que eran relativamente altas. Estos primeros sindicatos no defendían los intereses de la clase obrera en su conjunto, sino las del oficio que nucleaban, y las cuotas de sus miembros formaban un fondo común para ayudarlos en caso de desempleo o enfermedad.

Mutuales y cooperativas

Las asociaciones de ayuda mutua (*mutuales*) surgieron por iniciativa de los trabajadores, para proteger a los miembros más débiles o necesitados. Grupos de obreros de una misma actividad aportaban una pequeña parte de su salario para formar un fondo común para las viudas, los niños, los ancianos o desempleados.

Las *cooperativas* eran organizaciones de productores y consumidores cuyo fin era crear sus propios almacenes y sistemas de distribución de productos de primera necesidad. Así buscaban defenderse de los precios abusivos. Estas primeras formas de organización obrera fueron muy importantes porque permitieron desarrollar entre los proletarios una actitud solidaria y la conciencia de pertenecer a una clase social.

Veamos ahora un texto tomado de "*Historia del Mundo Contemporáneo*" (de la página www.pre.universia.es/), en el cual se relata el nacimiento de las primeras uniones sindicales denominadas **tradeunions**, en pleno desarrollo de la Revolución Industrial en Inglaterra (hemos destacado en negritas algunos conceptos y categorías claves para la mejor comprensión del tema).

Las primeras Trade Unions

LOS PRIMEROS INTENTOS DE ORGANIZACIÓN SINDICAL.

En 1792 se organiza por primera vez y es importante que nos acordemos de esto lo que podría ser el primer sindicato moderno. Esto ocurre también en Inglaterra. Este **primer sindicato moderno** se llamó "*Sociedad Correspondiente de Londres*" y la dirigía un obrero zapatero que se llamaba Tomás Hardy. Tomás Hardy, compañeros, era un zapatero ignorante que no sabía leer, que no era culto y sin embargo, se puso a la cabeza de sus compañeros y logró fundar esta "*Sociedad Correspondiente de Londres*" que, según algunos historiadores, llega a tener ochenta mil afiliados. Para aquella época, como pueden imaginar, ochenta mil gentes es un mundo de gente. Es importante que reflexionemos sobre este hecho: un zapatero, un hombre sin mayor cultura, un hombre que trabajaba con sus manos, logra, sin ninguna experiencia anterior, sin otros ejemplos (ahora nosotros tenemos muchísimos ejemplos, pero en aquella época no los había), fundar una organización, la mayor organización de su época, con un total de ochenta mil elementos. Es importante reflexionar sobre esto porque aún en nuestros días, más de cien años después, muchos obreros que podían ser otros Tomás Hardy se niegan, por temor o por falta de carácter, a encabezar las luchas de su gremio y de su clase alegando que "les faltan conocimientos". El ejemplo de este zapatero inglés nos dice claramente que cuando hay valor y hay inteligencia no se necesita tener un título para poder luchar; los conocimientos necesarios vienen con la lucha, con la experiencia. Esta es la principal lección que debemos sacar, compañeros obreros, del ejemplo de Hardy.

La organización de Tomás Hardy se propone obtener **mejores salarios** pero, sobre todo, **reducción de la jornada de trabajo**. Evidentemente el gobierno inglés no estaba dispuesto a ceder a las primeras de cambio y, en consecuencia, precisamente como respuesta a la lucha de Hardy y sus compañeros, promulga la **ley de 1799 que prohíbe las huelgas y las coaliciones**. Es importante repetir que esta ley condenaba, incluso a la pena de muerte, a todo aquel que intentara organizar a los obreros. Esta ley de 1799 es una de las leyes más reveladoras, más importantes para darse cuenta de lo feroces que han sido siempre el gobierno y la burguesía cuando de reprimir los intentos de unidad y defensa de los trabajadores se trata. En nuestros días, compañeros, ciertamente ya no nos fusilan, ya no nos sentencian a muerte por organizarnos y defendernos, gracias precisamente a quienes, antes que nosotros, dieron su vida, su salud, su bienestar, para conquistar esos derechos. Pero aún así, nuestra situación no es mucho mejor: no se nos fusila, digo, pero se nos despiden, se nos agrede físicamente, se nos encarcela y se nos impide legalmente todo movimiento verdaderamente independiente de autodefensa. La situación, en realidad, no ha variado gran cosa.

NACIMIENTO DE LAS TRADEUNIONES.

La derrota de Tomás Hardy y su "*Sociedad Correspondiente de Londres*" no fue, naturalmente, la derrota del movimiento obrero. Este continuó con sus esfuerzos por

encontrar nuevas formas de organización y autodefensa aún a costa de sacrificios y de desafiar las leyes represivas. Surge así la idea de agrupar a los obreros de acuerdo con la rama industrial en donde trabajaban y no en forma masiva como lo intentó Hardy. Aparecen entonces por todas partes **organizaciones de los obreros de una misma fábrica y de una misma rama industrial** los cuales se autodenominaron **tradeuniones** que quiere decir, precisamente, uniones de industria. Estas tradeuniones, que surgieron en Inglaterra en la última década del siglo dieciocho en forma ilegal, al margen de la ley, son el primer brote del sindicalismo moderno. Las tradeuniones son los primeros sindicatos que se forman en el mundo entero.

Lo que siguió fue una **lucha bastante larga**, y por momentos muy encarnizada, **para lograr el reconocimiento legal de los sindicatos**. Paralelamente a esta lucha por la legislación de los sindicatos, se continúa librando también la **lucha por la reducción de la jornada de trabajo**. Ya desde los primeros años del siglo dieciocho los sastres de Londres y de Westminster se alzaron pidiendo la reducción de las horas de trabajo; en 1786 los encuadernadores de Londres usaron, tal vez por primera vez, **el recurso de irse a la huelga, para demandar una jornada laboral de 11 horas**. La huelga obrera, tanto por la reducción de la jornada como por el reconocimiento legal de las tradeuniones, alcanza su punto culminante en el período que va de 1815 a 1822 y, finalmente, **en 1825 se coronó con éxito al ser legalmente reconocida la libertad legal de organización y coalición**.

LA "UNION GENERAL DE LAS CLASES PRODUCTORAS".

El reconocimiento legal de las tradeuniones convirtió por primera vez a la clase obrera en una fuerza política de consideración. La burguesía inglesa de aquellos días, por su parte, enfrentaba un problema político que consistía en no tener representación legal en el parlamento, el cual estaba dominado por los nobles y los grandes terratenientes. Por otro lado Roberto Owen, el industrial progresista que ya conocemos, con sus experimentos sociales de New Lanark y con su prédica en favor de la educación de los trabajadores y de la reducción de la jornada de trabajo, había logrado convencer a un puñado de burgueses progresistas para que apoyaran la demanda de la reducción de la jornada de trabajo. Entre estos burgueses progresistas destacaba John Fielden al cual, por su carácter comprensivo e inteligente, los obreros le llamaban "el honrado Juan".

Pues bien, impulsados por su propio interés de una mayor representación en el parlamento y por las prédicas de Owen, Fielden, Richard Oasler, Daherty, Bronterre OBrien y otros, los burgueses de aquella época buscan y obtienen una alianza con el movimiento obrero, dizque para luchar unidos por sus demandas. De esta alianza, a la que muchos obreros radicales se opusieron, nació la organización que se conoce como la "Unión General de las Clases Productoras".

Esta Unión impulsó grandemente el movimiento obrero, llevó a cabo numerosas huelgas y, finalmente, en 1852 logró con su fuerza la apertura del parlamento para la burguesía.

Y lo que tenía que pasar pasó: tan pronto como vieron satisfechas sus demandas, los burgueses no solamente se olvidaron de las demandas de los obreros sino que, incluso, votaron en el parlamento la reducción drástica de los subsidios que se concedían a los trabajadores domiciliarios, con lo cual se arrojó a éstos a una espantosa miseria. Esta traición de los "aliados" decepcionó grandemente a los obreros que reaccionaron odiando la lucha política y reduciéndose conscientemente a la lucha puramente gremial. Incrementaron el número de las tradeuniones y las reforzaron, hicieron huelgas por demandas netamente económicas y comenzó la era del cooperativismo.

3. El Movimiento Cartista

En la década del 30 del siglo XIX se origina en Inglaterra un movimiento obrero que avanza en planteos de tipo político, más allá de los límites "económicos" del movimiento sindicalista. Se

trata del Cartismo, denominado así por la "Carta del Pueblo" redactada en 1835 por la *Working Men's Association*.

Engels presenta al Cartismo como una fuerza proletaria surgida del partido democrático y transformada en partido **radical**: "fue desde su iniciación, en 1835, un movimiento entre obreros, pero no todavía separado en forma definitiva de la pequeña burguesía radical". Para comprender las características del Cartismo cita las palabras de un sacerdote metodista (Stephens), quien en 1838 arengaba a la multitud reunida en Manchester de este modo:

El Cartismo, mis amigos, no es cuestión política con la que se trate que vosotros obtengáis el derecho electoral, etcétera; el Cartismo es una cuestión de cuchillo y tenedor, y la Carta es buena habitación, buena bebida, buen alimento, buena subsistencia y breve jornada de trabajo (Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 223).

Es decir que en el Cartismo se conjugan demandas económicas, sociales y políticas; a la vez que ciertas consignas políticas eran comunes para el proletariado y una fracción de la burguesía. El Movimiento en su desarrollo marcará estas diferencias:

El Cartismo es sustancialmente, por su naturaleza, social. Los "seis puntos", que para la burguesía radical son todo, y que, a lo más, pueden provocar algunas reformas de la constitución, para el proletariado son solamente un medio. "La lucha política, nuestro medio; la felicidad social, nuestro fin" (ibid, p. 227).

El siguiente fragmento tomado de la citada "Historia del Mundo Contemporáneo" (página www.pre.universia.es/), traza una adecuada síntesis del programa, las características y las etapas del Cartismo.

EL MOVIMIENTO CARTISTA

El Movimiento Cartista en su primera fase.

En 1836 tuvo lugar el nacimiento de dos nuevas organizaciones que recogían la experiencia organizativa de Tomás Hardy y su "Sociedad Correspondiente de Londres". Estas dos organizaciones fueron la "Gran Liga del Norte" y la "Asociación Obrera de Londres" fundada por un tal Lovett. Ambas organizaciones, que más adelante se fundieron en el movimiento cartista, tenían como propósito declarado "la emancipación política del proletariado".

Poco tiempo después de fundada, la "Asociación Obrera de Londres" formuló un programa de lucha que se conoció como "Carta del Pueblo" (de ahí el nombre de cartismo) y que fue el documento que le dio nombre a este movimiento, el más importante, quizás, de toda la historia del movimiento obrero inglés.

El programa de la "Asociación Obrera de Londres" o "Carta del Pueblo" constaba de seis puntos que fueron los siguientes:

- 1. Sufragio universal para todos los hombres a partir de los 21 años.
- 2. Períodos parlamentarios anuales.
- 3. Votación secreta.
- 4. Distritos electorales formados uniformemente.
- 5. Dietas para los diputados.
- 6. Supresión del censo de fortuna para los candidatos al parlamento.

Como puede verse fácilmente las demandas obreras en la "Carta del Pueblo" eran eminentemente políticas; se trataba de lograr una mayor participación obrera en la vida pública mediante la ampliación del voto y echando abajo las restricciones para poder ser candidato a diputado, que eran de tipo económico, es decir, que sólo gente de cierta fortuna, gente rica, podía aspirar a una diputación.

Los obreros se plantearon hacer triunfar su demanda recabando firmas para luego enviarlas al parlamento. Para ello se desató una gran agitación mediante mítines, paros, propaganda escrita, que conmovió a todo el país. Se recabaron millón y medio

de firmas. Pero los diputados burgueses, nobles y terratenientes, se burlaron de las firmas y negaron la petición de los obreros y la dirección de éstos no atinó a proponer ninguna medida de lucha diferente y más efectiva. Este rechazo de la "Carta del Pueblo" ocurrió el 12 de julio de 1839. El movimiento entró en un receso.

Segunda fase del Cartismo.

Pero ya en julio de 1840 volvió a surgir una nueva organización que se llamó "Liga Nacional Cartista". Esta liga se propuso unir a todos los círculos cartistas dispersos por el país en una sola organización y en un solo movimiento. Esto equivalía, compañeros, ni más ni menos, que a rebasar la organización sindical para formar un verdadero partido obrero.

El movimiento creció rápidamente. En pocos meses llegó a tener 400 secciones locales que hacían un total de cuarenta mil afiliados. La nueva organización tenía un Comité Ejecutivo, sus miembros recibían una credencial, pagaban una cuota y se fijaron congresos periódicos. Se trataba en verdad de un partido obrero.

El Comité Ejecutivo de la "Liga Nacional Cartista" procedió a redactar una nueva "Carta del Pueblo" más política, más radical que la anterior, para enviarla al parlamento.

Esta vez la burguesía respondió organizando lo que se llama un "lock out", es decir, una huelga patronal, un cierre de fábricas, pensando que así los obreros se iban a espantar e iban a renunciar a sus demandas. Pero no ocurrió así.

Los obreros respondieron al lock out con la consigna del "mes santo" o sea, un mes de huelga general total que sería el mes de agosto de 1842. Se dice que la idea de la "huelga general", que aparece aquí por primera vez como arma de lucha de los obreros, fue expuesta por primera vez por un zapatero, que era también librero, llamado Guillermo Bembow. Este Bembow había publicado en 1831 un folleto titulado "El Mes Santo" en el cual desarrollaba por primera vez la idea de la huelga general como arma de lucha de los obreros. Por tanto, ahora, el comité ejecutivo de la "Liga Nacional Cartista" no tuvo más que recoger la consigna del "mes santo" y lanzarla a los obreros. Se propuso, pues, para hacer triunfar la nueva "Carta del Pueblo", lanzarse a la huelga general.

Desgraciadamente sólo los obreros del norte cumplieron. Sólo ellos respondieron a la huelga general. El resto no lo hizo así y por ello el movimiento fracasó. Fueron a la cárcel más de 1,500 líderes y otros huyeron dejando el campo abandonado.

El nuevo fracaso ahuyentó y desorganizó a los obreros. De 1843 a 1846 se dio un reflujo total hacia las posiciones defensistas, sindicalistas y los propios líderes comenzaron a pregonar como solución "la vuelta al campo".

Tercera y última fase del Cartismo.

Tuvo el movimiento cartista un tercero y último período de reanimación. Esto ocurrió a raíz de la revolución francesa de 1848. Precisamente en este año un nuevo congreso cartista acordó redactar otra carta, similar a la de 1842, para enviarla al parlamento. Se hizo así y para respaldar esta tercera carta se recabaron dos millones de firmas aproximadamente. El día en que la carta debía entregarse al parlamento inglés se acordó un mitin monstruo; esto era el 10 de abril de 1848. Pero el mitin falló; los obreros no acudieron al llamado y el parlamento rechazó la petición en medio de risotadas de burla.

Después de esta nueva derrota vino otra vez la represión. Nuevas huidas, nuevos encarcelamientos, y el movimiento cartista, el más importante intento de lucha política obrera habido hasta entonces, quedó definitivamente desarticulado.

Valiosas enseñanzas del Cartismo.

Sin embargo, hay que subrayar que esta derrota fue una derrota relativa. En primer lugar, y paralelamente al movimiento cartista, no cesó la lucha de ciertos

contingentes obreros por la reducción de la jornada de trabajo. En 1825 los hilanderos de algodón de Nottingham se lanzaron por primera vez a la huelga demandando ocho horas de trabajo. En 1833 los delegados de las tradeuniones reunidos en Manchester acuerdan no trabajar más de ocho horas diarias sin admitir una rebaja del salario. En 1836 los mecánicos de Londres se lanzan a una huelga que duró ocho meses, demandando también la reducción de su jornada de trabajo. El gobierno responde a estas presiones dosificando sus concesiones. El 20 de agosto de 1833 se aprueba un decreto que fija en 48 horas el máximo que puede trabajar un menor entre 9 y 16 años en una semana, sin que su jornada diaria rebase nunca las nueve horas; En 1844 entró en vigor una ley que fija en 7 horas la jornada para los niños menores de 13 años y en 12 horas la de las mujeres mayores de dieciocho.

Finalmente, el 8 de junio de 1847, el parlamento vota una ley que establece para los adolescentes mayores de trece años y para todos los obreros la jornada de once horas con esperanza de llegar a diez horas. Esta nueva ley entró en vigor, por una curiosa coincidencia, el primero de mayo de 1848. Carlos Marx, el genio creador de la moderna teoría de la lucha y la revolución proletaria y el más grande y noble defensor de los obreros y de la humanidad entera, ve en esta ley el punto culminante de la lucha obrera por la reducción del tiempo de trabajo.

En segundo lugar, y esto es lo más importante, el movimiento cartista heredó a los obreros del mundo entero una experiencia invaluable que todavía hoy es perfectamente útil. Los cartistas enseñan a todos los obreros la importancia de la lucha política, el carácter limitado de la lucha gremial y sindical, la importancia de no aliarse jamás con el enemigo de clase y crear un movimiento propio, realmente independiente; le enseñan al obrero del mundo cómo hay que luchar, cuáles son sus verdaderos intereses y por fin, como lo más importante, le enseñan a organizar no sólo sindicatos sino, precisamente, el primer partido obrero de la historia. Es por eso, compañeros obreros, que el movimiento cartista no fue derrotado del modo definitivo. Vive en nuestros días para todos aquellos luchadores sinceros que quieren aprovecharse de su experiencia.

Después de 1848 el movimiento obrero inglés se redujo a la lucha sindical, a las tradeuniones, que preferían la lucha puramente sindical y mutualista, aunque en ciertos momentos simpatizaron con el socialismo marxista. En 1854, por ejemplo, en su congreso de Manchester, eligieron a Carlos Marx delegado honorario, participaron en algunas actividades de la Primera Internacional, fundada por Marx; pero en 1868 se unificaron para formar lo que se llamó Trade Unions Congress (TUC) que se orientó decididamente hacia la lucha sindical y hacia la colaboración con el gobierno inglés y que continúa siendo hasta hoy, la central obrera oficial de la Gran Bretaña.

4. El anarquismo

El anarquismo es una corriente heterogénea (con diferencias internas importantes tales como *organizadores* y *anti-organizadores*, *anarco-comunistas* y *anarco-sindicalistas*) y que atraviesa diversas etapas, pero puede definirse por el objetivo común de la lucha por una *sociedad anárquica* (sin gobierno, sin Estado).

El anarquismo va a predominar e impregnar a la nueva clase obrera en el largo período de transición de las formas feudales a las capitalistas. Los marxistas explican la emergencia y persistencia del anarquismo en las condiciones de destrucción de la vieja sociedad feudal sobre masas de campesinos y artesanos (pequeña burguesía) que se encuentran en crisis, desestructuradas entre un pasado irrecuperable y un presente de nuevas formas de explotación capitalista. Los anarquistas están en contra de los males que augura el capitalismo pero no se identifican totalmente con el naciente proletariado, más bien anhelan volver al pasado (idealizado). Hay cierta semejanza en cuanto al carácter utópico con los socialistas pre-marxistas. El avance de la gran producción, basada en el moderno sistema de fábricas y de la maquinaria, no solo explota al proletariado sino que arruina al pequeño burgués (que no está en condiciones de competir) y al pequeño campesino. El anarquismo es anticapitalista en forma clara, pero también va a ser, en general, individualista y anti-comunista.

El anarquista lucha por la emancipación del individuo como condición para emancipar a la masa; por eso ellos predicaban también una moral para el individuo, independientemente de las clases sociales. Ellos son individualistas, y nosotros [los comunistas revolucionarios] luchamos por la liberación y la lucha de las masas. Por eso se habla de un anarquismo señorial, porque es típico también de ese intelectual que desprecia a la masa y se coloca por encima de la masa. Esa es la actitud típica del anarquismo, aunque a veces se recubre con otras formas. Por otro lado el anarquista desconoce el análisis científico de la sociedad capitalista de Marx, y divide a la sociedad capitalista en pobres y ricos (Vargas, Otto, *Conferencias*, 2005, pág. 81).

Algunos exponentes del anarquismo cabalgaron entre el socialismo utópico y la anarquía. Es el caso de Pedro Proudhon, francés que se destacó entre 1850 y La Comuna de París, autor de *¿Qué es la propiedad?* (1840), primera obra en la que condena la propiedad burguesa como un robo. Su *Filosofía de la miseria* (1846), en la que intenta una exposición de las contradicciones económicas, fue duramente criticada por Marx en *Miseria de la Filosofía*. Sobre Proudhon escribió un conocido autor anarquista:

Reaccionó vigorosamente contra unos y otros [se refiere a la ciencia económica y al pensamiento socialista], pero mantuvo siempre una cohesión interna y una posición política invariable; jamás cedió ante las exigencias del estatismo ni ante la credulidad de los socialistas de la escuela de Saint Simon, de Fourier, de Blanc, en la eficacia del aparato gubernativo; rechazó el intervencionismo estatal en todas sus formas, y la misma pasión que puso en denunciar los delitos de la propiedad la puso en descubrir las incongruencias del comunismo. Su agresividad fue tal que pudo mantener la polémica durante toda la vida contra los economistas y contra los socialistas de su tiempo, dos frentes a la vez (Abad de Santillán, Diego, *Prólogo a Miseria de la Filosofía*, p. 17).

Proudhon condenaba a la propiedad privada como un robo, pero también se opuso a la acción directa, a las coaliciones y huelgas obreras, en fin a la acción revolucionaria. En una carta a Marx, del 17 de mayo de 1846, escribió:

Tal vez conserva usted la opinión de que ninguna reforma es actualmente posible sin un golpe de mano, sin lo que se llamaba antes una revolución, y que no es al fin de cuentas más que una sacudida. Esa opinión que yo concibo, que yo excuso, que discutiría de buena gana, habiéndola compartido yo mismo largo tiempo, le confieso que mis últimos estudios me la han hecho revisar completamente. Yo creo que nosotros no tenemos necesidad de eso para triunfar; y que, en consecuencia, **no debemos plantear la acción revolucionaria como medio de reforma social**, porque ese pretendido medio sería simplemente un llamado a la fuerza, a la arbitrariedad, en una palabra, una contradicción. Yo me planteo así el problema: hacer entrar en la sociedad, por una combinación económica, las riquezas que han salido de la sociedad por otra combinación económica. En otros términos, convertir en economía política la teoría de la propiedad, contra la propiedad, de manera como para engendrar lo que ustedes, socialistas alemanes, llaman comunidad, y que yo me limitaré por el momento a llamar libertad, igualdad. Ahora bien, yo creo conocer el medio para resolver, en breve plazo ese problema: prefiero, pues, hacer arder la sociedad a fuego lento antes que darle una nueva fuerza haciendo una San Bartolomé de propietarios" (citado por Abad de Santillán, en Op. Cit, p.27. Negritas mías, CC)

A continuación presentamos una breve exposición del pensamiento anarquista realizada por Julio Godio en su *Historia del Movimiento Obrero Argentino* (Notas de pág.93/96).

El pensamiento anarquista

La sociedad anarquista de Proudhon se basaba en la existencia de productores individuales, libremente asociados. El Estado, objetivación de la autoridad, era reemplazado por el contrato, objetivación del igualitarismo libertario. La doctrina de Proudhon reflejaba los intereses de los pequeños productores frente al capital, era, al decir de Marx, una "utopía reaccionaria". La práctica catastrófica de los proudhonianos en la Comuna de París... deteriora seriamente al mutualismo proudhoniano. Su lugar pasa a ser ocupado por Miguel Bakunin, quien elabora la teoría denominada anarco-colectivismo. Para Bakunin, el capitalismo como sistema social tenía sus fundamentos en la sumisión del hombre a un doble principio metafísico-autoritario: Dios y el Estado; la sociedad capitalista era la articulación entre individuos alienados en esos principios de autoridad. Los explotadores lograban

poder y lo mantenían, en tanto inculcaban entre los trabajadores las ideas metafísico- autoritarias.

“Con el nombre de Dios, creen, quieren educarnos, emanciparnos, ennoblecernos, cuando por el contrario, nos embrutece y nos están envileciendo. Con el nombre de Dios se imaginan poder establecer la fraternidad entre los hombres cuando, por el contrario, crean el orgullo, el desprecio, siembran la discordia, el odio, la guerra, fundan la esclavitud. (...) He ahí, bien establecido, el principio de la autoridad, y con él el de las dos instituciones fundamentales de la esclavitud: la Iglesia y el Estado” (Bakunin, *Dios y el Estado*, Valencia, Sempere y Cía; s/f, Pág. 107). (...)

El anarquismo como expresión suprema de la razón haría visible a los oprimidos el origen ideológico de sus cadenas materiales. La revolución social era el acto que destruía a Dios, al Estado y al capitalismo y por lo tanto permitiría la construcción de una sociedad racional: el colectivismo anárquico. La nueva sociedad no se conquistaría por la persuasión y la creación de cooperativas, como en Proudhon, sino por la violencia. Según Bakunin, la existencia de un principio que rige la vida de las sociedades humanas, el principio de la solidaridad, motivaría a los explotados a organizarse:

“Este principio puede ser formulado así: Ningún individuo humano puede reconocer su propia humanidad, ni por consiguiente realizarla en la vida, más que reconociéndola en otro y cooperando a su realización para otro. Ningún hombre puede emanciparse si no emancipa con él a todos los hombres que le rodean (Anti-Mazzini, Bs. As., La Protesta, 1930, t. VII).

La presencia de este elemento, como puede observarse, tan metafísico como las categorías de dios y Estado, él lo fundamenta desde un racionalismo puro. Es la garantía de la instauración del colectivismo. Bakunin es también crítico de todo materialismo porque reducía el principio natural de solidaridad a la más vulgar de las apetencias humanas. Sin embargo, él mismo recurría a los estímulos materiales para explicar por qué los campesinos se colectivizarían después de la revolución social. (...)

El colectivismo de Bakunin se desdobra en dos niveles: el nivel de la organización económica y el nivel de la organización social. En el primer nivel se construye una pirámide, desde las cooperativas de producción basadas en la propiedad colectiva de los medios de producción hasta los acuerdos para la distribución de funciones económicas entre regiones. Estos acuerdos son posibilitados por federaciones de comunas, lo que él llamaba “democracia sin parlamentarismo” que constituyen el nivel propio de la organización social. Los sindicatos constituían organismos de dirección de las empresas.

En la lucha contra el Estado y el Capital, Bakunin asigna gran importancia a los sindicatos, especialmente durante la década del 70, cuando no solo hace crisis el mutualismo sino también todas las concepciones de la acción directa basadas en el terrorismo y las especulaciones blanquistas sobre la insurrección. Bakunin da mucha importancia al trabajo de los anarquistas entre los sindicatos, a los que considera embriones de administración directa en la sociedad colectivista. Considera los sindicatos como “organización natural de las masas” y como “único instrumento de guerra verdaderamente eficaz”.

Como hemos visto, a diferencia de Proudhon, Bakunin propone la colectivización de los medios de producción... Pero en común con Proudhon, ponía como condición para esa sociedad la eliminación del Estado... Esa sociedad sin Estado era la alianza “federativa y absolutamente voluntaria de las asociaciones obreras en comunas, de éstas en regiones y de las regiones en naciones”. Basándose en este fundamento doctrinario, el anarco-colectivismo rechazaba toda acción política y jerarquizaba la lucha económica a través de los sindicatos como la única forma de lucha

verdaderamente revolucionaria. Desde esta línea Bakunin se escindió de la Primera Internacional, fundando en 1868 la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, siendo finalmente expulsado...

El anarquismo logró conquistar importantes posiciones en el movimiento obrero y campesino español e italiano; su ideología antiestatista y colectivista atraía a importantes capas de obreros semi-artesanales y campesinos arruinados. La ilusión proudhoniana de la libre asociación de productores individuales se transformaba en Bakunin en la ilusión de la libre asociación de pequeños productores y obreros semiartesanales; ambos añoraban restablecer o establecer su propiedad sobre los medios de producción por medio de la utopía anarquista. Pese a que el desarrollo capitalista trabaja en contra de la ideología anarquista generando grandes concentraciones proletarias, creando así condiciones para la formación de partidos socialistas, fortaleciendo el papel de los sindicatos, etc.; los anarquistas lograron nuevas fuerzas por la preeminencia en La Segunda Internacional de la línea evolucionista, pacifista y parlamentarista. La propaganda antiparlamentarista, apoyada en la nueva táctica sindicalista, permitió al anarco-sindicalismo mantener posiciones en varios países europeos.

La tercera corriente, el llamado anarco-comunismo o comunismo anárquico fue articulado ideológicamente por Pedro Kropotkin... Kropotkin sometió a crítica la noción de "colectivismo", sosteniendo que mantenía intactas las formas de explotación, pues las remuneraciones se establecían según la cantidad y calidad del trabajo, lo que según este autor originaría nuevas desigualdades. Para Kropotkin y sus discípulos la solución residía en distribuir los bienes sociales según las necesidades personales. Kropotkin afirmaba que los anarquistas deberían luchar para construir a corto plazo la sociedad comunista, objetivo que se podía conquistar independientemente del desarrollo de las fuerzas productivas al introducirse con una nueva calidad el principio de solidaridad y apoyo mutuo entre los hombres liberados del sistema capitalista.

5. Socialismo y movimiento obrero

Jacques Droz, en su libro *Europa: revolución y restauración*, señala lo siguiente:

La sociedad económica de la primera mitad del siglo XIX se muestra atormentada por una pavorosa contradicción. Globalmente se enriquece; tanto el valor de la producción agrícola como, sobre todo, el de la producción industrial se eleva. Y, sin embargo, la mayoría de la población se empobrece: los salarios bajan y en determinados momentos se hunden literalmente. Además, se trata de una realidad internacional: toda Europa experimenta las mismas dificultades, las mismas crisis, el mismo descenso de precios, las mismas reacciones patronales: reacciones no deseadas, como tampoco la coyuntura económica que las suscita y que muchos deploran, pero que las leyes económicas obligan a tener en cuenta: hay que producir cada vez más barato; y tanto peor para el más débil. Ciertamente, el antagonismo entre pobres y ricos no es ninguna novedad, sino que ha sido el tema de infinidad de proclamas y exhortaciones a través de los siglos. Pero, por primera vez, se va a plantear la cuestión en el terreno industrial; por primera vez se va a plantear el problema de la máquina y del hombre, de las riquezas materiales en rápida expansión y de unos ingresos obreros en acelerado decrecimiento. Una cohorte de economistas y de reformadores va a tomar conciencia de este estado de cosas y convertirlo en centro de su reflexión: ¿Acaso se trata de una fatalidad o es preferible cambiar por completo la estructura de la economía?

(...)[Las citadas investigaciones]...unánimemente reconocen que la miseria crece paralelamente a la concentración capitalista, que se trata de un empobrecimiento de un carácter completamente nuevo, sin relación alguna con el de los períodos precedentes, y todos condenan un liberalismo sin límites y llaman la atención sobre la necesidad de una legislación social.

(...)La libertad económica, desacreditada por la utilización que hacían de ella sus principales propagandistas, se convierte en el centro de innumerables críticas que, por otra parte, alcanzan a todo el régimen social basado en la libertad individual. Por oposición se desarrollan corrientes de ideas que exigen una organización racional de la sociedad (Cap. IV: "Socialismo y movimiento obrero", pág. 63/101).

En ese contexto se van a desarrollar las corrientes intelectuales y los movimientos políticos denominados genéricamente como "socialismo". Distinguimos fundamentalmente los inicios del "socialismo utópico" (Fourier, Owen, Saint Simon entre los principales) y el desarrollo del "socialismo científico" (orientado por Marx y Engels).

En este punto remitimos al estudiante a los textos pertinentes de la asignatura *Formación del Pensamiento Sociológico*, cursada en forma simultánea con la nuestra.

6. El internacionalismo obrero

A partir de 1848 puede marcarse una nueva etapa en el Movimiento Obrero, marcado por las revoluciones de ese año y por la publicación del Manifiesto Comunista. Remitimos al estudiante que desee profundizar en las características de las revoluciones de 1848, y en las diversas vertientes socialistas, a los textos opcionales de Hobsbawm y de Droz, (*).

Este nuevo período alcanza un punto culminante con la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y se cierra con la heroica gesta de la Comuna de París y su derrota a manos de la burguesía (**)

A continuación presentamos un texto de George Novack sobre la Primera Internacional, basado en *Las tres primeras internacionales: su historia y sus lecciones*, de Novack, Frankel y Feldman (Edición en castellano: Editorial Pluma, Bogotá, 1977). La edición en Versión digital está tomada de [Textos Marxistas en Español](#) (Marxists Internet Archive, septiembre 2006). Destacamos en negritas algunos conceptos y categorías claves para la mejor comprensión del tema.

1. Formación de la Primera Internacional.

La Primera Internacional nació en Inglaterra. Esto no fue accidental. Inglaterra, la cuna del capitalismo industrial, era el país económicamente más avanzado del siglo XIX. Los antagonismos de clase modernos surgieron primero y se desarrollaron más poderosamente en Inglaterra y fue allí donde primero se manifestaron las formas esenciales de la lucha proletaria contra la clase capitalista. En el gran Movimiento Cartista de 1840, Inglaterra presenció la primera movilización política del proletariado como clase. Fue en Inglaterra donde por primera vez la clase obrera se organizó en sindicatos. Los más intrépidos y visionarios líderes de la clase obrera inglesa fueron los primeros en llegar a una clara comprensión de la lucha de clases como factor histórico y principio táctico. Fue allí donde el proletariado adquirió antes el profundo sentido de la solidaridad internacional y la necesidad imperativa de concertar la acción en la lucha contra la sociedad capitalista basada en esta solidaridad.

La Primera Internacional no bajó del cielo completamente desarrollada ni fue la creación exclusiva de la grandiosa mente de Marx. Fue un producto genuino del

* **HOBBSAWM, Eric**, *La era de la revolución, 1789-1848* (Bs. As., Crítica, 1997). Cap. 6: "Las revoluciones", pág. 116/137. **DROZ, Jacques**, *Europa: restauración y revolución. 1815-1848* (Madrid, Siglo XXI, 1973). Introducción, pág. 1/2; Cap. IV: "Socialismo y movimiento obrero", pág. 63/101; Conclusión: "Las causas de las revoluciones de 1848", pág. 269/281.

** Ver texto de la bibliografía obligatoria: **MARX, Carlos**, *La guerra civil en Francia* (Pekín, Lenguas Extranjeras, 1978). Introducción por F. Engels, pág. 1/18; Cap. IV, pág. 88/105, Notas, pág. 278/80 y 296/99.

movimiento de la clase obrera y de la iniciativa de su vanguardia. Creció sobre un terreno ya roturado con la lucha de clases y regado por las semillas del internacionalismo. Su aparición fue preparada por un grupo de precursores que había difundido las ideas y sentimientos de la solidaridad proletaria, ideas que penetraron en pequeños círculos de trabajadores concientes, aun bajo las condiciones más adversas y decepcionantes.

Desde 1845 hasta 1864, hubo una serie de intentos de organización de la clase obrera que culminaron en la fundación de la Primera Internacional. Aquí señalaremos las tres organizaciones más importantes. La primera de ellas fue la Sociedad de Demócratas Fraternalistas, organizada en 1845 por Julian Harney en Londres, donde se aglutinaron los refugiados políticos de toda Europa. Esta fue la primera organización internacional de la clase obrera. La segunda fue la Liga Comunista que, basada en el trabajo de Marx y Engels, el Manifiesto comunista, dio al movimiento obrero internacional su primer programa científico y las bases teóricas correctas. La tercera fue el Comité Internacional organizado por Ernest Jones en Londres que, por medio de sus mítines masivos y manifiestos, mantuvo vivas las tradiciones del internacionalismo durante los reaccionarios años de 1850.

Cuando las condiciones para su fundación maduraron, la Primera Internacional fue construida sobre las bases del trabajo realizado por estos pioneros. Después de la derrota de las revoluciones de 1848 y durante el auge posterior del capitalismo en la década de 1850, el movimiento obrero estuvo terriblemente deprimido. A muchos parecía que nunca recobraría la intensidad revolucionaria que había desplegado en los momentos más candentes de los levantamientos de 1848. A pesar de que la idea del internacionalismo decayó, nunca estuvo totalmente extinguida. Se mantuvo viva en pequeños grupos aislados muy débiles, pero fieles líderes de la clase obrera. Aquellos que han pasado por períodos comparables de reacción y repliegue durante el siglo XX pueden comprender el carácter de la época.

Más tarde, a finales de la década de 1850, ocurrieron una serie de hechos que cambiaron la situación internacional y contribuyeron a revivir el movimiento obrero y por consiguiente al espíritu internacionalista. Los más importantes fueron la crisis económica de 1857, la más catastrófica y extendida del siglo XIX, la guerra de independencia italiana en 1859 y el estallido de la Guerra Civil en Estados Unidos en 1860 - 1861.

Estos grandes eventos históricos tuvieron consecuencias económicas y políticas extremadamente significativas en Francia e Inglaterra, los países más industrializados de Europa. Debilitaron la dictadura de Napoleón III y lo obligaron a extender las concesiones económicas y políticas a los, hasta ahora, atomizados obreros franceses. Paso a paso avanzaron los trabajadores. Se les dio la oportunidad de votar en las elecciones y se rechazaron las leyes que prohibían las organizaciones sindicales para mejorar las condiciones de vida.

Sin embargo, los desarrollos decisivos tuvieron lugar en Inglaterra. Aunque en 1825 los trabajadores ingleses conquistaron el derecho a sindicalizarse, las masas no tenían derecho a votar. Mientras tanto, el desarrollo continental del capitalismo había creado una competencia peligrosa para los trabajadores ingleses en la forma de trabajo sobreexplotado. Cuando intentaban asegurar salarios más altos, o menos horas de trabajo, los capitalistas ingleses amenazaban con importar fuerza de trabajo barata de Francia, Bélgica, Alemania y otros países. El estallido de la Guerra Civil norteamericana y el embargo de las exportaciones de algodón produjo una crisis algodonera que causó gran miseria entre los obreros textiles ingleses. Estas condiciones impactaron a los sindicatos británicos y precipitaron el desarrollo de lo que llegó a conocerse como el "Nuevo Sindicalismo" dirigido por un grupo de líderes experimentados de los mecánicos, carpinteros, ebanistas, constructores, zapateros y otros sindicatos.

Estos hombres reconocieron la necesidad de una lucha política a favor de los sindicatos y comenzaron a tomar un profundo interés en los asuntos nacionales y extranjeros. Realizaron enormes mítines de masas exigiendo la extensión del derecho al voto de los obreros, protestando por la conspiración del primer ministro Palmerston para intervenir en la Guerra Civil norteamericana contra el Norte, y dándole una recepción de bienvenida a Mazzini, luchador por la libertad italiana, quien visitó Londres en 1864.

Este despertar político de la clase obrera inglesa y francesa también revivió la idea del internacionalismo. La visita de delegados obreros franceses a la Exposición Mundial de Londres en 1862, aunada la conspiración conjunta de Francia, Inglaterra y Rusia para aplastar la insurrección polaca por la independencia en 1863, condujo a un intercambio de correspondencia sobre sus calamidades comunes y finalmente a un **mitin conjunto** de representantes obreros franceses e ingleses en el St. Martin's Hall en Londres, **en setiembre 28 de 1864**. Allí se decidió **crear un comité que delineara los estatutos para una organización internacional obrera** que deberían ser aprobados en un congreso internacional, citado al año siguiente en Bélgica. Las reseñas periodísticas sobre el comité, que estaba compuesto por numerosos sindicalistas y representantes obreros extranjeros, mencionaban en último lugar a Karl Marx, quien estaba destinado a ser una de las figuras más destacadas de la organización.

2. El papel de Marx.

Después de las derrotas de 1848, que precipitaron la disolución de la Liga Comunista, y durante los años siguientes de reacción, los exiliados Marx y Engels, a pesar de que siguieron de cerca los acontecimientos políticos, se dedicaron a su trabajo científico. Reconociendo que "hay un tiempo para cada cosa" esperaron un vuelco de la situación para desarrollar su actividad práctica de organización del movimiento obrero en condiciones más propicias. En el momento en que el movimiento obrero y revolucionario comenzó a revivir, los combatientes se pusieron su armadura y se sumergieron en la pelea con todas las armas a su alcance. El 13 de febrero de 1863, Marx escribió a Engels: "La era de la revolución se abre de nuevo claramente en Europa." (Marx - Engels, Selected Correspondence [Correspondencia escogida]) Cuando se conformó el Comité Internacional de Trabajadores, le escribió a sus amigos norteamericanos: "A pesar de que durante años, me he negado sistemáticamente a pertenecer a cualquier "organización", esta vez acepté porque aquí existe la posibilidad de hacer algo realmente bueno."

Inmediatamente Marx se convirtió en el líder intelectual de este comité de cincuenta miembros, la mitad de los cuales eran obreros ingleses. Después que otros vacilaron, asumió la tarea de esbozar el programa y los estatutos de la Primera Internacional. El comité entusiasta y unánimemente aprobó el Discurso inaugural y las Reglas provisionales, pidiendo solamente la adición de unas pocas frases abstractas acerca del "derecho y el deber, la verdad, la moralidad y la justicia" que, como Marx dijo a Engels, fueron incluidas por él de tal forma que no desfiguraron el contenido.

El Discurso inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores pronunciado en el mitin del St. Martin's Hall de Londres, el 28 de setiembre de 1864, es, junto con el Manifiesto comunista, una fuerte denuncia al capitalismo y una exposición de las metas de la clase obrera. Comenzó recordando el impresionante hecho de que durante los años de 1848 a 1864, a pesar de ser un período de incomparable desarrollo industrial y comercial, la miseria de la clase obrera no había disminuido.

Para probar este punto comparó las aterradoras estadísticas publicadas en los Blue Books oficiales sobre la miseria del proletariado inglés con las cifras utilizadas por el ministro de hacienda, Gladstone, en sus discursos ministeriales. Estas mostraban que "el intoxicante aumento de la riqueza y el poder" que se dio en el mismo período había sido en exclusivo beneficio de las clases poseedoras. Quizá la única excepción era la de una pequeña capa aristocrática de trabajadores, que recibían salarios más altos;

pero este incremento desaparecía ante el alza general en los precios. "Por todas partes las grandes masas de las clases trabajadoras se hundían cada vez más profundamente, y al mismo ritmo de quienes por encima de ellas ascienden en la escala social... Cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo tiende a agudizar los contrastes sociales y a evidenciar los antagonismos de la sociedad... Esta época está marcada en los anales de la historia por el rápido retorno, el gran alcance y los efectos mortales de esa peste social llamada crisis comercial e industrial." (Obras escogidas)

El discurso señalaba que, incluso en los años reaccionarios de 1850, los trabajadores consiguieron **dos conquistas significativas**. Una de ellas fue la **promulgación legal de la jornada de diez horas de trabajo**, forzada por la lucha del proletariado inglés. "La ley de las diez horas" no fue sólo una gran conquista práctica, sino la victoria de un principio; era la primera vez que, a la luz del día, la economía política de la clase media sucumbía ante la economía política de la clase obrera." (Obras escogidas) Otro logro significativo fue el del **establecimiento del movimiento cooperativo y de las fábricas cooperativas**, que probaron en la práctica que los trabajadores pueden organizar la producción y sus intercambios sin necesidad de los explotadores.

Y aun más: "los señores de la tierra y del capital continuarán utilizando sus privilegios sistemáticamente para la defensa y perpetuación de su monopolio [de los medios de producción]." Por lo tanto, **la gran tarea de la clase obrera es la de tomarse el poder político**. Los trabajadores se están dando cuenta de esta necesidad, tal como lo demostraron con el resurgimiento de los movimientos obreros en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia y con los esfuerzos por organizar políticamente a los trabajadores. Los obreros "poseen un elemento para el éxito, su número. Pero el número pesa en la balanza sólo cuando está unido en una organización y dirigido hacia un fin consciente". La experiencia ha demostrado que ignorar la solidaridad que debe existir entre los trabajadores de todos los países y dejar de impulsarlos a estar presentes hombro a hombro en todas las luchas por su emancipación, revierte siempre en un fracaso general de todos sus esfuerzos. Esta consideración, junto con las señaladas anteriormente sobre la política exterior, condujo al mitin del St. Martin's Hall a fundar la Asociación Internacional de los Trabajadores. (Mehring)

El discurso concluyó con el inmortal grito de batalla del Manifiesto comunista: "¡Proletarios de todos los países, uníos!". En las Reglas provisionales se incluyen muchas de las máximas clásicas del marxismo. **La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. La lucha por la emancipación de la clase obrera no es la lucha por el establecimiento de nuevos privilegios de clase, sino por la total abolición del régimen de clases.** El sometimiento económico del trabajador ante aquellos que se han apropiado de los instrumentos de trabajo, esto es, de las fuentes de la vida, conduce a todo tipo de servidumbre: miseria social, atrofia intelectual y dependencia política. **La emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, la gran meta para la cual deben utilizarse todos los movimientos políticos.** La emancipación de los trabajadores no es una tarea local, ni nacional. Abarca a todos los países en los que existe la sociedad moderna y sólo puede lograrse por medio de una cooperación sistemática entre todos estos países. Las reglas trazaron y definieron las tareas del Consejo General compuesto por trabajadores de varios países representados en la asociación.

El Discurso inaugural se diferencia del Manifiesto comunista en la forma. Marx escribió a Engels, "hace falta tiempo, antes de que el movimiento revivido nos permita utilizar el viejo lenguaje audaz. La necesidad del momento es: osadía en el contenido, pero moderación en la forma". Este documento se diferenciaba del Manifiesto porque pretendía agrupar en una sola estructura a trabajadores con diferente grado de desarrollo político. Pero, contenía implícitamente las ideas fundamentales del comunismo. Marx confiaba en que posteriormente la conciencia de clase de los

trabajadores se desarrollaría y se elevaría como resultado de su acción unificada para garantizar la victoria final del socialismo científico al interior de la Internacional, y a través de ésta, sobre la clase capitalista.

3. Logros de la Primera Internacional

La Primera Internacional vivió durante catorce años, desde 1864 hasta 1878.

Como es imposible relatar toda su actuación y los documentos de sus congresos, se mencionarán solamente los logros y las actividades organizativas más destacadas.

La Internacional se anotó su primer éxito significativo en la lucha que dirigieron sus miembros por la reforma de los derechos políticos en Inglaterra. (...)

Los miembros de la Internacional dirigieron una vigorosa campaña por una legislación laboral progresiva. Exigieron una jornada de trabajo más corta y condenaron el trabajo nocturno y todas las formas de trabajo perjudiciales para las mujeres y los niños. En 1886, el Congreso de la Internacional de Ginebra declaró: "Exigiendo la adopción de estas leyes, la clase obrera no consolidará los poderes dominantes, sino que por el contrario, convertirá en su propio instrumento a esos poderes que ahora son utilizados contra ella."

La Internacional estimuló la organización sindical en muchos países. Así mismo, buscó elevar el nivel político del movimiento sindical y lograr que sus miembros fuesen concientes de su misión histórica. (...)

De acuerdo a esta línea, la Internacional apoyó las huelgas que se extendieron de un país a otro después de la crisis económica de 1866. En cualquier sitio donde estallaran estas luchas la Internacional llamó a los trabajadores a apoyar, en su propio interés, a sus camaradas extranjeros. (...)

La Internacional expresó su solidaridad activa siempre que las luchas de los pueblos llegaron al extremo de una guerra civil o nacional. De 1864 a 1869 la Internacional le envió cuatro mensajes al pueblo norteamericano. El primero fue al presidente Lincoln, apoyando la resistencia de su gobierno al poder esclavista; el segundo al presidente Johnson sobre el asesinato de Lincoln; el tercero al pueblo, por su triunfo sobre los esclavistas; y el cuarto a William Sylvis, presidente del National Labor Union, en 1869, en protesta contra los intentos de las clases dominantes europeas de arrastrar a Estados Unidos a la guerra.

(...) El mayor logro de la Internacional fue dar la prueba viviente de que la unidad internacional de los trabajadores era posible y fructífera.

A pesar de su inevitablemente primitiva organización interna, aportó un modelo para todas las organizaciones proletarias internacionales posteriores. El término "internacionalismo" está en el diccionario y el himno "La internacional" fue escrito gracias a la existencia de la Primera Internacional.

4. La lucha por el marxismo.

Junto con estas demostraciones prácticas de la solidaridad de la clase obrera, la Primera Internacional sirvió de instrumento y de terreno para la popularización de las ideas marxistas. A pesar de que **Marx fue reconocido como su inspirador y dirigente teórico**, sus doctrinas tuvieron que luchar para lograr el predominio dentro de la organización y entre los obreros con conciencia de clase. Desde un principio, Marx **tuvo que luchar contra la ideología liberal burguesa** y evitar las presiones de los líderes sindicales británicos en el Consejo General.

Pero, los competidores más serios de las ideas del socialismo científico entre los obreros avanzados fueron las diferentes variedades del socialismo pequeñoburgués, anarquismo y actitudes sectarias y oportunistas en relación a los problemas que afrontaba el movimiento obrero. La historia de la Primera Internacional, escribió Marx

en una carta a Bolte el 23 de noviembre de 1871, fue "una lucha continua del Consejo General contra las sectas y los experimentos de aficionados, que intentaban mantenerse dentro de la Internacional contra el movimiento real de la clase obrera. Esta lucha se llevaba a cabo en los congresos, pero mucho más en las negociaciones privadas del Consejo General con las secciones individuales". (Selected Correspondence)

Marx tuvo que pelear con las ideas proudhonianas, que hoy han desaparecido totalmente, pero que en esa época eran la corriente más popular del socialismo pequeñoburgués. Los dos futuros yernos de Marx, Paul Lafargue y Charles Longuet, fueron apóstoles de Proudhon antes de volverse marxistas.

A diferencia de los socialistas científicos, los proudhonianos querían conservar la propiedad privada, reorganizando el intercambio de productos apropiados privadamente. Sus planes prácticos para reformar la sociedad burguesa consistían en formar sociedades cooperativas y en remendar el sistema monetario. Estos socialistas pequeñoburgueses eran enemigos de las principales formas y métodos de lucha proletaria. Proudhon se oponía a los sindicatos, deploraba las huelgas y repudiaba la participación directa en política. Sus discípulos sostenían que las naciones deberían disolverse en pequeñas comunidades que luego formarían algún tipo de asociación voluntaria en sustitución del estado.

Marx y sus seguidores tuvieron que luchar continuamente contra esta tendencia, muy poderosa entre los trabajadores franceses y suizos, que no eran obreros de fábrica sino artesanos que todavía se inclinaban hacia las modas y el pensamiento pequeñoburgués.

Sin embargo, **la lucha teórica y organizativa más importante de Marx fue contra las ideas anarquistas**, representadas por Mijail Bakunin, heroico revolucionario ruso y padre del movimiento político anarquista que hoy está en sus últimos días. Las principales diferencias entre Marx y Bakunin pueden ser brevemente indicadas. El marxismo se basa sobre el proletariado industrial como la fuerza social decisiva de la sociedad moderna. Bakunin buscó la base social para su movimiento revolucionario en los campesinos, el lumpen-proletariado y en los elementos pequeñoburgueses desposeídos y desesperados.

El marxismo lucha contra todos los gobiernos reaccionarios y busca establecer el poder estatal de la clase obrera, como transición necesaria para abolir toda autoridad del estado y las formas de coerción. El anarquismo está contra toda autoridad y todo tipo de estado, independientemente de su carácter reaccionario o progresivo y de su naturaleza de clase. Los anarquistas, por lo tanto, se oponen a la participación en política, mientras los marxistas enseñan que los trabajadores deben participar activamente en política y conquistar el poder del estado "por los medios que sean necesarios".

Estas diferencias principistas le dieron base a Bakunin para formar dentro de la Internacional una organización secreta que buscó tomarse la dirección por medio de tácticas conspirativas. **Las luchas internas entre las dos tendencias irreconciliables dividieron y debilitaron considerablemente a la Internacional.**

Los marxistas también tuvieron que pelear contra Lasalle, y sus seguidores en el movimiento obrero alemán, alrededor de dos problemas fundamentales. Uno, era su táctica oportunista sobre con qué fuerzas aliarse en la lucha. Lasalle apoyó, por ejemplo, las políticas de Bismarck a favor de los terratenientes - junkers - en contra de los partidos burgueses, en vez de defender una política independiente del proletariado. Al mismo tiempo, estos "socialistas bismarckianos" tenían una actitud sectaria hacia los sindicatos y se negaban a entrar en un sindicato si este no tenía su programa y su dirección. No entendían las **diferencias entre un sindicato**, como organización de masas en el terreno económico que abarca a obreros de todos los

grados de desarrollo político **y el partido del proletariado** que es una selección de obreros revolucionarios con conciencia socialista.

Los fundadores de la Internacional tuvieron que combatir así contra una multitud de enemigos externos y de opositores internos. Estas fuerzas destructivas llegaron a ser arrolladoras bajo condiciones históricas adversas, después del fracaso de la Comuna de París. Esto condujo a la **decadencia, desintegración y finalmente a la disolución formal de la Primera Internacional en 1878**, después de que su sede fue trasladada a Nueva York.

A pesar de que la Primera Internacional murió, su obra sigue vigente. En 1878 Marx, atacando el argumento de que la Internacional había fracasado, escribió: "En realidad, los partidos obreros socialdemócratas en Alemania, Suiza, Dinamarca, Portugal, Italia, Bélgica, Holanda y Norteamérica, organizados más o menos dentro de fronteras nacionales, ya no son secciones aisladas dispersamente repartidas en varios países y dirigidas por un Consejo General desde la periferia, sino que representan a la clase obrera misma en constante, activa y directa relación, que se mantiene unida por el intercambio de ideas, la asistencia mutua y la igualdad de fines... Así, lejos de haber muerto, la Internacional se ha desarrollado de un nivel a otro más alto, en el cual muchas de sus tentativas originales ya han sido realizadas. Durante el curso de este constante desarrollo experimentará muchos cambios antes de que el último capítulo de su historia pueda ser escrito". Se verá cómo esta visión profética de Marx acerca de las vicisitudes de la Internacional se ha verificado en la realidad.

Bibliografía utilizada

ALONSO, M. E.; ELISALDE, R. M.; VAZQUEZ, E. C., *HISTORIA. Argentina y el mundo contemporáneo* (Bs. As., Aique, 1994).

ENGELS, Federico, *Del socialismo utópico al socialismo científico*. 6ª edición (Bs. As., Anteo, 1974).

ENGELS, Federico, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Bs. As., Ediciones Diáspora, 1974).

GODIO, Julio, *Historia del Movimiento Obrero Argentino* (Bs. As., Editorial Tiempo Contemporáneo, 1972).

HOBBSAWM, Eric, *Las revoluciones burguesas*. 2ª edición (Madrid, Guadarrama, 1971).

MARX, Carlos y ENGELS, Federico, *Manifiesto del Partido Comunista*. 15ª edición (Bs. As., Anteo, 1985)

MARX, Carlos, *Miseria de la filosofía* (Barcelona, Ediciones Jucar, 1974). Prólogo de Diego Abad de Santillán.

VARGAS, Otto, *Conferencias. Aportes al estudio de "El marxismo y la revolución argentina"* (Bs. As., Instituto Marxista-Leninista-Maoísta de la Argentina, 2005).

VARGAS, Otto, *El marxismo y la revolución argentina*, Tomo II (Bs. As., Editorial Agora, 1999).

APENDICE

1º DE MAYO: DÍA INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

La lucha histórica por la Jornada de 8 horas y el presente argentino

Texto N° 1 : 1º de mayo - Día del trabajador

Autor: Felipe Pigna. Editorial *Caras y Caretas*, mayo 2006.

Mayo es un mes marcado por una historia, una tradición de lucha que arrancó un primero de mayo de 1886 allá en Chicago, cuando un grupo de trabajadores organizó una movilización popular en reclamo de la jornada de ocho horas en una época en que lo "natural" era trabajar entre 12 y 16 horas por día. La mayor democracia del mundo respondió brutalmente y, fraguando un atentado, encarceló a un grupo de militantes populares en los que intentó escarmentar a toda la clase trabajadora de los Estados Unidos y por qué no, de todo el mundo. Tras un proceso plagado de irregularidades, fueron detenidos los dirigentes anarquistas Adolph Fisher, Augusto Spies, Albert Parsons, George Engel, Louis Lingg, Michael Schwab, Samuel Fielden y Oscar Neebe. Los cuatro primeros fueron ahorcados el 11 de noviembre de

1887. Lingg prefirió suicidarse con una bomba que él mismo había preparado en la cárcel antes de padecer la “justicia del sistema”. Miguel Schwab y Samuel Fielden fueron condenados a prisión perpetua y Oscar Neebe a 15 años cárcel. Miguel Schwab dijo al escuchar su condena que reconocía a aquel tribunal ninguna autoridad y que su lucha y la de sus compañeros era de una justicia tan evidente que no había nada que demostrar y que ellos luchaban por las 8 horas de trabajo pero que: “Cuatro horas de trabajo por día serían suficientes para producir todo lo necesario para una vida confortable, con arreglo a las estadísticas. Sobraría, pues, tiempo para dedicarse a las ciencias y el arte”. Porque, claro, las ciencias y el arte deben ser para todos.

Pasaron 109 años de aquellos crímenes de Chicago y pasó mucha agua y mucha sangre bajo el puente. Los obreros de todo el mundo eligieron el primero de mayo como jornada de lucha, de recuerdo de sus compañeros y de lucha por sus derechos, de ratificación de su condición de ciudadanos libres, con plenos derechos, según decían las propias constituciones burguesas que regían la mayoría de los Estados modernos.

En nuestro país cada primero de mayo nuestros trabajadores tomaron las calles desafiando al poder, recordándole que existían y que no se resignarían a ser una parte del engranaje productivo. La lucha logró la reducción de la jornada laboral, las leyes sociales y la dignificación del trabajador. El poder se sintió afectado y en cada contraofensiva cívico-militar como las del 55; 62; 66; 76 y 89 (esta vez a través del voto), pretendieron y en ocasiones lo lograron, arrasar con las históricas conquistas del movimiento obrero. Persecuciones salvajes, secuestros, torturas y desapariciones, durante los gobiernos golpistas, amenazas de despidos, rebajas salariales, precarización laboral y la complicidad de algunos dirigentes sindicales, son en los últimos años las armas del poder para mantener y aumentar su tasa de ganancia a costa del sudor ajeno.

Un incendio, un “accidente” en un taller textil puso a la vista de una sociedad que tiene una cierta tendencia a la mirada para otro lado: hay esclavos en el siglo XXI, y los hay acá, en Argentina. Trabajadores esclavos, sin derechos pero con muchas obligaciones. El capitalismo salvaje, para algunos una redundancia, nos extorsiona: quieren ropa más barata, éste es el precio. La realidad es otra, márgenes de ganancia escandalosos, avaricia sin límites, un Estado que hace la vista gorda, pero sobre todo la pérdida de valores básicos como la solidaridad, abonada en los 90, épocas hasta donde las leyes que protegían a los trabajadores se volvían tan “flexibles” como inflexibles se volvían las leyes que garantizaban el enriquecimiento ilícito de los funcionarios a los que se les pagaba sueldos y sobresueldos con la excusa de defender los derechos de los ciudadanos e inflexibles se volvían las seguridades jurídicas que, como sabemos, sólo son para los dueños del poder y las cosas.

La esclavitud debe dolernos a todos, debemos volver a aquel humanismo que supimos conseguir, a dolernos y solidarizarnos con los más desprotegidos, aquel humanismo que proclamaba el Libertador San Martín cuando abolía la esclavitud en el Perú un 12 de agosto de 1821: *“Una porción numerosa de nuestra especie ha sido hasta hoy mirada como un efecto permutable, y sujeto a los cálculos de un tráfico criminal: los hombres han comprado a los hombres, y no se han avergonzado de degradar la familia a la que pertenecen vendiéndose unos a otros. Las instituciones de los pueblos bárbaros han establecido el derecho de propiedad en contravención al más augusto que la naturaleza ha concedido.”*

Fuente: www.elhistoriador.com.ar

Texto N° 2 : El mito de la suba de costos laborales

ECONOMIA › Un informe del Ministerio de Trabajo refuta las críticas empresarias

Los salarios se incrementaron en los últimos años, pero los costos laborales reales cayeron 18,5 por ciento desde la convertibilidad por la mejora de la productividad empresarial y de los precios de los bienes que comercializan.

Luego de las últimas negociaciones colectivas de trabajo, las principales cámaras empresarias advirtieron que las subas salariales atentaban contra la competitividad de las empresas. Un informe del Ministerio de Trabajo demuestra lo contrario. Los salarios se incrementaron en los últimos años como resultado de las negociaciones colectivas, pero cuando se mide la evolución de los costos laborales tomando en cuenta el aumento de la productividad de las empresas y las subas de precios de los bienes y servicios que comercializan, la caída promedio real unitaria en pesos desde la salida de la convertibilidad es del 18,5 por ciento.

Si, para medir la incidencia del salario en la competitividad internacional, el cálculo se realiza tomando en cuenta el tipo de cambio multilateral (el peso comparado con una canasta de monedas de los principales países con los que comercializa el país), la caída de los costos laborales promedio de la economía es del 53 por ciento. Estos datos demuestran que los aumentos de sueldos de los últimos siete años no fueron

suficientes ni siquiera para mantener la distribución de los ingresos entre empresarios y trabajadores. La solución que encontraron varios países del mundo para paliar situaciones similares es la distribución por ley de una parte de las ganancias de las empresas con sus empleados.

“El salario es un costo de producción para las empresas y al mismo tiempo una fuente de ingreso de los trabajadores, que impulsa la demanda de bienes y servicios. Por esa razón, la caída de la participación de los trabajadores en los ingresos de las empresas atenta contra la sostenibilidad de la demanda”, advierten Martín Abeles y Fernando Toledo en su reciente publicación *Distribución de Ingresos y Análisis Macroeconómico*.

La competitividad de una empresa, más allá del contexto macroeconómico, depende de varios factores: trabajo, capital, insumos y productividad, entre otros. En Argentina, en general, las empresas suelen preocuparse más por disminuir los costos laborales que por mejorar el resto de los ítems en cuestión. En su libro *Los desafíos de la competitividad*, el economista Benjamín Coriat señala “la baja de los costos dentro de una empresa es fundamental; pero buscar la competitividad reduciendo los costos salariales es un peligro que debe ser evitado”.

Entre diciembre de 2001 y julio de 2010 el salario promedio nacional se incrementó un 285,5 por ciento. Un porcentaje superior a la inflación medida por el Indec y aun a la de los consultores privados más serios, como el Estudio Bein, que refleja una inflación desde 2001 del 256 por ciento. Es decir que los trabajadores han mejorado su poder adquisitivo con respecto al final de la convertibilidad. Pero, teniendo en cuenta el fuerte aumento de la productividad de las empresas y de los precios de bienes y servicios, su participación en las ganancias de las compañías cayó fuertemente.

En el caso de la industria, un sector estratégico para el desarrollo del país y a la vez generador de empleos mejor pagos que en otros sectores, la caída de los costos laborales reales unitarios fue de un 19 por ciento. Es decir que del fuerte crecimiento de las ganancias de los últimos años una porción cada vez mayor es capturada por las empresas, en detrimento de los trabajadores.

La caída de los costos laborales se dio en la mayoría de los sectores industriales. El Ministerio de Trabajo realizó un informe sectorial tomando en cuenta la evolución de la productividad y la variación de precios mayoristas de cada rubro. El sector aparatos eléctricos sufrió una caída del 34 por ciento; en madera, la caída fue del 27 por ciento; automotores, un 25 por ciento, al igual que maquinarias y equipos; cuero cayó un 20 por ciento y alimentos, un 15 por ciento, entre los sectores en los que se produjo una mayor rebaja en los costos laborales reales unitarios. Entre los pocos que subieron sus costos laborales se destacan radio y televisión, con una suba del 17 por ciento, y textiles, un 13 por ciento.

Una muestra clara de que, a pesar de los incrementos salariales, las empresas mejoraron fuertemente sus ganancias, es la evolución de los balances que surge de la Comisión Nacional de Valores. Aluar, en 2002 contaba con un patrimonio neto de 1483 millones de pesos. Entre 2003 y 2009 ganó 2912 millones de pesos. La empresa aumentó sus utilidades todos los años: en 2003 ganó 257 millones; en 2009, 602 millones. Arcor, que en 2002 tenía un patrimonio neto de 803 millones de pesos, ganó en siete años 1253 millones de pesos. En 2003 ganó 84 millones de pesos y en 2009, 334 millones de pesos, un 400 por ciento más. Cablevisión en 2002 tenía un patrimonio neto negativo: -439 millones de pesos. A fines de 2009 su patrimonio neto fue de 2738 millones de pesos. En 2003 ganó 185 millones y en 2009, 468 millones. La mayoría de las empresas que cotizan en Bolsa arrojaron una evolución de su rentabilidad similar.

La mayor queja de los empresarios con respecto a los aumentos salariales es que “están perdiendo competitividad a nivel internacional”. Es decir que los aumentos salariales dificultan la evolución de sus exportaciones y, a la vez, comprometen su posibilidad de competir con las importaciones. Sin embargo, los costos laborales reales en moneda extranjera cayeron más aún que los expresados en pesos. El costo laboral real unitario en moneda extranjera tuvo una caída promedio entre 2001 y la actualidad del 53 por ciento. La razón es que el tipo de cambio multilateral es un 70 por ciento más competitivo que a finales de la convertibilidad.

Según datos de OCDE, el costo laboral en la Unión Europea en 2001 era de 22,50 dólares y en 2009 subió a 40,70 dólares; en Estados Unidos, en el mismo período, subió de 25,90 a 30,56 dólares; en el Este europeo se disparó de 3,83 a 9,01; en el Sudeste asiático, de 8,31 a 13,12 y en Brasil, de 3,60 a 7,98. En Argentina, por el contrario, cayó de 8,15 dólares en 2001 a 7,98 en la actualidad.

El aumento del salario mínimo vital y móvil, que supera el 900 por ciento desde 2001, y la fuerte evolución de la negociación de los convenios colectivos a través de las paritarias mejoraron el poder adquisitivo de los trabajadores. A la vez la creación de casi cuatro millones de puestos de trabajo en siete años derivó en que muchas familias hoy tengan más cantidad de trabajadores en su seno, es decir de ingresos. Así aumentó el bienestar general de los trabajadores y sus familias. Pero el importante

aumento de la productividad, conseguido por empresarios y empleados, y la evolución de los precios de los bienes y servicios que producen derivó en una caída de la participación de los trabajadores en el reparto de las utilidades generadas por las empresas. Así, mientras el incremento real del salario promedio fue de entre un 15 por ciento, tomando el índice inflacionario del Estudio Bein, y un 32 por ciento con respecto al índice del Indec, las ganancias promedio de las empresas se duplicaron y sus patrimonios promedio son un 200 por ciento mayores a 2003.

Fuente: Página 12- 11/11/2010- Autor Roberto Navarro- robertodnavarro@gmail.com

Texto N° 3: **La precarización laboral mata - La vida no es tercerizable**

Juan Cruz Manfredini murió a los veinticinco años. Trabajaba en Camin Cargo Control, una empresa cuya sede central se encuentra en Linden, Nueva Jersey, Estados Unidos y opera en 15 países del mundo. Realiza análisis de laboratorio, inspecciones y controles de calidad para empresas petroleras, petroquímicas y de gas.

Juan Cruz falleció el 21 de octubre pasado, luego de cuatro días de agonía, por las quemaduras recibidas luego de una explosión e incendio en un laboratorio clandestino ubicado en la calle Cuyo 1388 de Bahía Blanca. Camin Control no tenía ninguna habilitación para funcionar allí ni como sede administrativa, mucho menos como laboratorio. ¿Accidente de trabajo u homicidio laboral?

En su portal en la web la empresa menciona como una de sus misiones tener “un probado programa de recompensas positivas para elevar el rendimiento de los empleados, la eficiencia, la disciplina y la motivación”. Rendimiento, eficiencia y disciplina sí, del respeto y el cuidado por la vida del trabajador nada. Ya habrá otra joven vida para el recambio. La precarización laboral mata, la vida no es tercerizable.

**Hay un asunto en la Tierra
Más importante que Dios.
Y es que nadie escupa sangre
pa que otro viva mejor.**

(Atahualpa Yupanqui: *Preguntitas sobre Dios*)

Tercerizadores y tercerizados

La tercerización laboral junto a otras formas de precarización laboral es parte de una ofensiva del capital sobre las condiciones de vida y de trabajo. El apogeo de esta ofensiva se produjo en el país durante la década menemista pero bajo los gobiernos que le sucedieron se ha mantenido la misma estructura flexibilizadora como lo demuestra la lucha de los tercerizados del ferrocarril Roca que intentó ser acallada con el asesinato de Mariano Ferreyra a manos de una patota dirigida y financiada por la burocracia de la Unión Ferroviaria. Los dirigentes de ese sindicato, en connivencia con los gerentes de la empresa utilizan los cuantiosos subsidios estatales para armar empresas que tercerizan el trabajo en ferrocarril.

En Bahía Blanca las principales tercerizadoras son las empresas multinacionales petroquímicas, petroleras y del gas, y organismos estatales: en primer lugar la Municipalidad, la Universidad Nacional del Sur y el hospital Penna entre otros.

Tercerizar significa en la práctica que tareas consideradas accesorias (mantenimiento, limpieza, vigilancia, comedor) y también otras ligadas directamente a la producción son realizadas por empresas contratadas por la empresa madre.

Los objetivos de la tercerización van por dos vías:

- Reducir costos, aumentar las ganancias y evadir responsabilidades legales. Así suele ponerse en riesgo la vida del trabajador/a encomendado tareas peligrosas sin tener la capacitación y la experiencia necesarias y sin respeto por las normas de seguridad adecuadas. La tercerización implica en muchos casos la deslocalización. Se trabaja en otro lugar físico, no en la fábrica o en el barco.
- Dividir a los/as trabajadores/as. Muchas veces conviven en el mismo ámbito laboral trabajadores/as encuadrados en distintos convenios, o personal de planta con pasantes y contratados, con distintas escalas salariales y realizando tareas similares. Se busca así que las relaciones de competencia prevalezcan por sobre las relaciones de solidaridad y cooperación entre trabajadores/as.

La consecuencia es el disciplinamiento de todos a las formas de trabajo impuestas por las gerencias y las direcciones. A tal punto la ofensiva ha arrollado con las conquistas laborales que han conseguido naturalizar entre jóvenes trabajadores/as la idea de “que hay que empezar así” y que no se puede revertir esa precariedad.

El protagonismo y la unidad para resistir y conquistar derechos

Desde la CTA sostenemos que la lucha por la dignidad en el trabajo, por poner fin a los atropellos patronales, la defensa y el cuidado de la vida frente a la multiplicación de la muerte producida por el capital es la razón de ser de una organización sindical. Sin fijarse en las afiliaciones sindicales de cada uno.

Se trata de un modo de vida que se asiente en la solidaridad en vez del individualismo, en la cooperación en vez de la competencia y el antagonismo que conduce a pisarle la cabeza al otro. Unir nuestros saberes como hombres y mujeres que van al trabajo y se organizan para que nadie nos arrebate el derecho a decir no a las injusticias, el derecho a negar que el cuerpo de cada uno exista para ser carne de yugo, el derecho a pensar que es posible una sociedad en que el hombre no sea el lobo del hombre y a convertirnos en dueños de nuestro destino.

Desde estas ideas nos proponemos estimular, colaborar e impulsar la organización de los trabajadores/as precarizados. Para ello entendemos necesario integrar a trabajadores efectivos o de planta con los contratados o tercerizados, construyendo espacios de participación conjunta y unificando las reivindicaciones. Será necesario unirnos por abajo, desde cada lugar de trabajo coordinando con las comisiones internas o delegados de base para luego ir a hacia articulaciones mayores, utilizando la denuncia pública y la identificación de responsabilidades.

Para todo ello hay un componente irrenunciable: la democracia de base, la libertad para elegir representantes con mandatos revocables y el deber de rendir cuentas de todo lo actuado. Creemos que la lucha contra la tercerización y la precarización laboral es uno de los principales desafíos que enfrentan las organizaciones sindicales.

Los objetivos pueden resumirse en:

- Pase a planta de los contratados/as. O a la empresa “madre” de trabajadores tercerizados.
- Encuadramiento de todos/as en el Convenio Colectivo de Trabajo de la empresa madre.
- Igualar las condiciones salariales y de trabajo.
- Evitar despidos y lograr una estabilidad implícita de los contratados.
- La vida no se terceriza, se defiende.
- Libertad para organizarnos. Fuera las patotas y el matonaje de los sindicatos

Comisión Ejecutiva CTA regional Bahía Blanca-Dorrego

Fuente: Boletín electrónico FeTERA SEMANAL N° 579 del 02.10.10.

Texto N° 4: La distribución del ingreso en la Argentina y sus condicionantes estructurales (Fragmento: Factores estructurales y distribución del ingreso)

Autor: Eduardo M. Basualdo

A partir de la perspectiva que otorga el tiempo transcurrido, resulta indiscutible que durante las distintas etapas por las que transitó el patrón de acumulación que puso en marcha la dictadura militar en 1976, y se prolongó hasta el año 2001, se produjo un drástico cambio estructural que trastocó tanto la fisonomía de los sectores dominantes como la de los sectores populares.

Sin embargo, la amplitud y la profundidad de las transformaciones económicas, políticas y sociales acaecidas durante las últimas décadas no deberían ocultar que el epicentro de las mismas fue el intento de los sectores dominantes por imponer un drástico e irreversible cambio en la relación que mantenían el capital y el trabajo. En este sentido, es indudable que el objetivo estratégico de la dictadura militar consistió en destruir la organización y el poder de los trabajadores en el país, pero persistió durante los gobiernos constitucionales posteriores, porque era un requisito central para la el desarrollo del nuevo patrón de acumulación de capital, que casualmente por eso constituye una revancha clasista de los sectores dominantes que no tiene precedentes desde la creación del Estado moderno en el país.

La feroz represión de la dictadura a los sectores populares y la consolidación del “sindicalismo empresario” como fase superior de la burocracia sindical, son expresiones cabales de ese replanteo de la relación entre el capital y el trabajo. Otra manifestación de ese cambio, es el prolongado e inéxito proceso de desindustrialización que no tuvo pausas a lo largo de la valorización financiera, produciendo rupturas profundas en la clase trabajadora entre los asalariados “en blanco”, “en negro” y terciarizados. Igualmente relevante en el mismo sentido, ha sido la disolución del mercado de trabajo formal y la irrupción de una desocupación que de allí en más funcionaria como un real “ejército industrial de reserva” presionando a la baja a los salarios.

Todos estos fenómenos, junto a muchos otros como la privatización del sistema jubilatorio, la disminución de los aportes patronales, etc., han interactuado entre sí y jalonado un giro drástico de la relación entre el capital y el trabajo.

Sin embargo, finalizada la valorización financiera y avanzada la transición hacia la definición de un patrón de acumulación alternativo, los trabajadores no han recuperado, a pesar del acelerado crecimiento económico, la participación en el ingreso que tenían, no ya en las postrimerías de la segunda etapa de la sustitución de importaciones, sino la que alcanzaban en 2001, el año final de la valorización financiera. Ante esta situación, es inevitable preguntarse: ¿Cuáles son los motivos por los cuales los trabajadores no se declaran en estado de asamblea para definir una estrategia y un plan de acción que le permita al conjunto de los sectores populares recuperar la participación en el ingreso que alcanzaban en otros tiempos?

Sin duda, que los trabajadores hayan sido despojados de conquistas históricas durante las últimas décadas produjo un gran impacto, pero no parece justificar su pasividad, sino más bien señalar los desafíos que enfrentan en estos tiempos. El problema, parece estar centrado en la propia conformación

de la clase trabajadora que también fue redefinida negativamente y que ha sido decisiva para diluir su identidad. De una clase sensiblemente homogénea ha devenido otra surcada por profundas disparidades que dieron lugar a las categorías de trabajadores en “blanco”, “en negro”, “terciarizados”, desocupados, subocupados, pobres e indigentes, que en muchas ocasiones se superponen entre sí porque, en conjunto, no sólo identifican circunstancias laborales distintas, sino condiciones de existencia marcadamente diferentes. Más aún, las políticas impuestas por los sectores dominantes han tenido el recaudo de bloquear la posibilidad de que la propia dinámica de la clase trabajadora restañe esas profundas disparidades. Problemática esta última que se analiza a continuación porque constituye una tarea indelegable de la clase trabajadora para reconstituirse y poder restablecer su identidad.

Avanzando en el tema planteado, es preciso recordar que a lo largo de la historia del capitalismo los trabajadores generaron, mediante sus luchas reivindicativas, las organizaciones sindicales como la herramienta idónea para mitigar la desigual relación con el capital. Bueno es reparar, que se trató de luchas que llevaron a cabo los trabajadores para mejorar sus propias condiciones de existencia pero que, al mismo tiempo, transformaron positivamente al conjunto de la sociedad porque la hicieron más equitativa e igualitaria.

La organización sindical fue el resultado de múltiples y heroicas batallas de la clase trabajadora que estuvieron estrechamente vinculadas a la expansión de la producción industrial. Nuestro país es un ejemplo de ese proceso y de cómo el avance en el grado de organización y de sindicalización se potencian mutuamente, constituyéndose no solamente en un hecho simbólico sino también en una “fuerza física” que modifica la realidad. Así, con el desarrollo de la producción industrial y de la construcción durante la década de 1930, surgió la Federación Obrera Nacional de la Construcción (1935) que fue seguida por organizaciones similares en la producción textil, metalúrgica y alimentos que constituían las actividades dinámicas de aquellos años. Este proceso se consolidó en 1945, durante el pre-peronismo, cuando se promulgó el decreto 23.852 de asociaciones profesionales que les aseguró a los trabajadores desplegar un papel relevante en la vida social a través de sus organizaciones.

En ese contexto, durante los primeros gobiernos peronistas no sólo se difundió la sindicalización de los trabajadores en las distintas actividades económicas, sino que los trabajadores forjaron una victoria de fundamental importancia, que consistió en institucionalizar las comisiones internas en los lugares de trabajo, las cuales de allí en más se convirtieron en el factor fundamental de la vida sindical. Sería un error entender que esta institución básica en el mundo del trabajo fue una concesión del gobierno peronista y no una conquista de los trabajadores obtenida a través de sus luchas por la conformación de su identidad como la clase social que forja su destino y el de la sociedad.

Sobre el particular, la investigadora canadiense Louise M. Doyon en uno de sus trabajos sobre el sindicalismo argentino, sostiene que: *“Teniendo en cuenta la multiplicidad de funciones que cumplen estas comisiones y las que de hecho cumplieron bajo el régimen peronista, su amplia difusión puede ser vista como uno de los logros más importantes del movimiento obrero argentino después de 1945. La relevancia de esta victoria puede apreciarse mejor si se considera que esta aspiración básica no había sido satisfecha en la mayoría de los países latinoamericanos. En la Argentina, la implantación de las comisiones internas fue resultado directo de las presiones ejercidas por los obreros y por sus organizaciones y no se vio beneficiada por un respaldo legal proveniente del régimen de asociaciones profesionales. El código no hacía referencia explícita a las comisiones internas, aunque los sindicatos argumentaban a favor de su presencia directa en las plantas, basado en una vaga cláusula del art. 49 que garantizaba a los obreros el derecho a elegir sus representantes, sin especificar el nivel ni el tipo de funciones. Las debilidades de este respaldo legal permiten concluir que la creación de estos cuerpos fue resultado de la directa imposición de los obreros y de sus líderes sindicales”* (Louise M. Doyon, “El crecimiento sindical bajo el peronismo”, Desarrollo Económico N° 57, Buenos Aires, 1975).

En efecto, las atribuciones de las comisiones internas fueron amplias y decisivas para la conformación de la identidad de los trabajadores argentinos. Así, por ejemplo, las normas establecidas en la constitución del sindicato metalúrgico en 1949 enumeran las siguientes: a) presentación y su discusión con la patronal de todos los reclamos presentados por los obreros; b) supervisión de la completa implementación de la legislación laboral, de los acuerdos colectivos, de las normas de seguridad y del trato correcto de los supervisores hacia los trabajadores y el adecuado funcionamiento de la maquinaria; c) colaboración en la disciplina de la empresa y el mejoramiento de la planta; d) en el caso de faltas de disciplina, la consulta previa de la patronal con la comisión y la probanza de la culpabilidad del obrero antes de imponerle una sanción; e) goce de las comisiones de completa libertad de movimientos dentro del lugar de trabajo (Estatutos de la Unión Obrera Metalúrgica, 1949).

A fines de los primeros gobiernos peronistas, en 1954, los trabajadores asalariados urbanos alcanzaban a 4.369.600 personas de los cuales 2.203.330 estaban agremiados, es decir el 50% de los trabajadores

ocupados en las diversas actividades económicas, salvo la producción agropecuaria (Respecto a la ocupación en 1954, consultar: CONADE-CEPAL, “Distribución del ingreso y cuentas nacionales en la Argentina”, Buenos Aires, 1965. En relación a la cantidad de trabajadores, ver: Louise M. Doyon, “Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955”, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, Buenos Aires, 2006).

Además ese alto grado de sindicalización estaba acompañado en esos años por una estructura sindical que reconocía a las comisiones internas como su *alma mater*. Sobre esta base, fue que las organizaciones sindicales y las comisiones internas en particular fueron una pieza irremplazable en las luchas populares contra las dictaduras que acompañaron la profundización de la industrialización por sustitución de importaciones a partir de 1955. Ante esas circunstancias, fueron decisivas para superar la fractura que implicó el surgimiento de la “aristocracia obrera” vinculada a las producciones industriales más dinámicas de ese entonces (automotriz, metalúrgica, petroquímica, etc.). Su existencia permitió que durante esos años se plasmaran políticas decisivas para derrocar las dictaduras como lo ponen de manifiesto: Huerta Grande, la CGT de los argentinos y la derrota definitiva de aquellas mediante el Cordobazo. Así es como el movimiento popular a partir de 1964 logró mover el fiel de la balanza y obtener para los asalariados una creciente participación en el ingreso, gracias a que el salario real evolucionó por encima de la productividad del trabajo.

Prácticamente medio siglo más tarde, en 2005, todo parece indicar que rige una situación muy distinta. En efecto, un trabajo realizado por el equipo de la Encuesta de Relaciones Laborales, que tiene en cuenta 45.473 empresas en todo el país que ocupan 10 o más trabajadores y cuentan 2.067.620 empleados privados registrados provee información tanto sobre el grado de sindicalización como de la existencia de delegados en esos lugares de trabajo (Específicamente se trata del siguiente estudio que fue presentado en el 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, organizado por la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET): D. Trajtenberg, F. Berhó, P. Attorresi y W. Lauphan, “Encuesta de relaciones laborales” Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Buenos Aires, 2007). Los principales resultados relacionados con la problemática en cuestión, constan en el Cuadro Nº 1, y son alarmantes porque indican que únicamente el 37,2% de los trabajadores privados registrados en el país están agremiados y que sólo el 12,4% de las empresas tiene por lo menos un delegado. Es decir que la sindicalización es muy reducida y las comisiones internas están prácticamente extinguidas.

No es desdeñable, tener en cuenta que la información complementaria del citado trabajo permite afirmar que estos resultados globales sobre el grado de sindicalización para el conjunto del país se replican, con sus más y sus menos pero sin modificaciones sustantivas, en todas los aglomerados urbanos que se consideran (Gran Buenos Aires, Gran Rosario, Gran Córdoba, Gran Mendoza y Gran Tucumán). Por el contrario, la existencia de delegados es sumamente heterogénea según el tamaño de las firmas. Mientras que el 52,5% de las grandes firmas (con más de 200 ocupados) tiene al menos un delegado, sólo el 7,5% de las empresas más pequeñas (menos de 50 ocupados) cumplen ese requisito. Finalmente, en una situación intermedia se encuentran las firmas que ocupan entre 50 y 200 personas, ya que el 27,7% de ellas tiene al menos un delegado.

Esta endeble situación estructural de la clase trabajadora, se vuelve más comprometida aún si se repara que el 37,2% de sindicalización corresponde únicamente a trabajadores registrados del sector privado (“en blanco”), cuando en realidad los mismos son una parte minoritaria en la estructura ocupacional actual. A los fines de tener una cuantificación de lo que esto significa, en el Cuadro Nº 2 se expone la estructura de la ocupación en 2005 y dos estimaciones acerca del grado de agremiación real teniendo en cuenta todos trabajadores ocupados.

Cuadro Nº 1: Afiliación y representación sindical considerando los trabajadores registrados privados, 2005* (en porcentajes)

	Total de la muestra
Afiliación sindical (trabajadores)	
Sin afiliados	62,8
Con afiliados	37,2
Total	100,0
Delegados sindicales (empresas)	
Sin delegados	87,6
Con delegados	12,4
Total	100,0

* Estimación sobre una muestra que comprende 45.473 empresas con 10 o más trabajadores registrados y que en conjunto ocupan 2.057.620 personas.

Fuente: Elaborado sobre la base de la Encuesta de Indicadores Laborales del Ministerio de Trabajo

Cuadro N° 2: Estimación de los trabajadores sindicalizados e incidencia en la ocupación total, 2005 (en cantidad y porcentajes)

	Trabajadores Ocupados 2005	Trabajadores sindicalizados			
		Estimación 1		Estimación 2	
		Trabajadores	% del total	Trabajadores	% del total
Total	9.444.456	1.917.885	20,3	2.324.985	24,6
Registrados privados	602.110	2.967.985	37,2	967.985	37,2
No registros privados	2.742.600	0	0,0	0	0,0
Empleados Públicos	1.357.000	949.900	70,0	1.357.000	100,0
Cuenta Propia	2.742.746	0	0,0	0	0,0

Fuente: Elaboración propia sobre información del INDEC y del Ministerio de Trabajo de la Nación.

Efectivamente, las cifras oficiales indican que el 27,6% de los ocupados tienen la condición de pertenecer al sector privado y ser registrados, exhibiendo mayor importancia los no registrados y aquellos que trabajan por cuenta propia. Dado que los trabajadores que forman parte de las dos últimas categorías por definición no tienen inserción gremial, resulta evidente que la estimación del Ministerio de Trabajo no puede considerarse válida para el conjunto de los trabajadores, porque se estaría sobrevaluando su alcance de una manera significativa, a pesar de que por sí es muy reducida en términos históricos.

Con el propósito de tener una aproximación más ajustada a la realidad, se realizaron dos estimaciones que difieren únicamente en los supuestos adoptados sobre la agremiación de los empleados públicos. Ambas estimaciones consideran que están sindicalizados el 37,2% de los registrados privados (porcentaje determinado por el Ministerio de Trabajo) y que no hay ningún trabajador privado no registrado ni cuentapropista que se encuentre inscripto sindicalmente. La Estimación 1 supone que el 70% de los empleados estatales están sindicalizados en 2005, mientras que en la Estimación 2 se asume que la totalidad de ellos se encuentra en esas condiciones, conjeturas ambas que son optimistas respecto a la realidad.

Bajo estas hipótesis, la sindicalización de los trabajadores en el país se ubicaría entre el 20% y el 25% del total de los ocupados, cualquiera sea su condición laboral. Es decir, que en el mejor de los casos los trabajadores con inserción gremial en la actualidad suman 2.324.985, cifra similar a las que se registraba al final del segundo gobierno peronista (2.203.330 de trabajadores) pero con la diferencia que ahora la ocupación es un poco más que el doble de aquella época (9.444.456 contra 4.369.600 personas en 1954), siendo en consecuencia la tasa de sindicalización la mitad de lo que era en esos años (25% contra 50% en 1954).

En consecuencia, tal como lo dice la Federación de Trabajadores de la Industria de la CTA, el país se encuentra en una grave emergencia sindical por su bajo nivel de sindicalización y la cuasi extinción de las comisiones internas. Proceso que se agudiza y deviene como un fenómeno estructural por la existencia de una burocracia sindical preocupada por consolidar el "sindicalismo empresario" sobre la base de los ingresos proveniente de los salarios y que, a su vez, tiende a agravar la caída de la sindicalización porque los trabajadores son profundamente escépticos, con razón, respecto a la posibilidad de avanzar con esos dirigentes.

Se trata de un fenómeno de gran importancia estructural porque implica mantener una inédita desigualdad entre el capital y el trabajo, donde este último no tiene posibilidades de actuar en defensa de sus intereses en los lugares de trabajo. También, porque conlleva implícitamente mantener las fracturas existentes entre los trabajadores que necesariamente tendrían que morigerarse ante un avance en el grado de sindicalización. Porque, finalmente, al reducirse la desocupación, la única vía para mejorar la participación de los trabajadores en el ingreso es el incremento del salario real por encima de la productividad del trabajo, para lo cual las negociaciones tienen que realizarse con algún grado de equivalencia entre las partes, aunque sabemos que no entre iguales, en tanto el capitalismo se sustenta básicamente en la existencia de dominadores y dominados.

Fuente: Observatorio Latinoamericano de Geopolítica www.geopolitica.ws